



RELATOS DE MOVILIDAD Y EDUCACIÓN



NUEVE CASOS EN EL CARIBE COLOMBIANO

ADOLFO MEISEL ROCA
Director



UN UNIVERSIDAD
DEL NORTE

Editorial



Adolfo Meisel Roca nació en Barranquilla el 12 de enero de 1954, creció en Cartagena y posteriormente se radicó en Bogotá para realizar su pregrado en Economía en la Universidad de los Andes. Es magíster y doctor en Economía de la Universidad de Illinois (EE.UU.) títulos que obtuvo en 1981 y 1984, respectivamente. En 1986 se graduó como magíster en Sociología en la Universidad de Yale (EE.UU.) y durante los años 1993 y 1994 realizó estudios avanzados en Economía Internacional en el Instituto de Economía Mundial de Kiel (Alemania).

Es reconocido en Colombia por sus investigaciones enfocadas a entender la historia económica, social y política de la región Caribe y el país. Fue codirector de la Junta Directiva del Banco de la República y por más de 15 años ejerció como gerente de la sucursal del Banco de la República en Cartagena, donde lideró el Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER). También se desempeñó como director general del Icetex y docente de la cátedra de Historia Económica de Colombia en la Universidad de los Andes. Actualmente es rector de la Universidad del Norte.

RELATOS DE MOVILIDAD Y EDUCACIÓN

NUEVE CASOS EN EL CARIBE COLOMBIANO

RELATOS DE MOVILIDAD Y EDUCACIÓN

NUEVE CASOS EN EL CARIBE COLOMBIANO

ADOLFO MEISEL ROCA
Director

Área metropolitana
de Barranquilla (COLOMBIA), 2020

 **UNIVERSIDAD
DEL NORTE**
Editorial

Relatos de movilidad y educación: nueve casos en el Caribe colombiano / Camila Andrea Rosso Mestra [y otros ocho]; Adolfo Meisel Roca, director. -- Barranquilla, Colombia: Editorial Universidad del Norte, 2020.

90 páginas ; fotografías blanco y negro y a color ; 24 cm.
ISBN 978-958-789-208-6 (PDF)

1. Historia económica–Caribe (Región, Colombia)–Siglo XX–Relatos personales. 2. Calidad de vida–Caribe (Región, Colombia)–Siglo XX–Relatos personales. 3. Educación–Historia–Caribe (Región, Colombia)–Siglo XX–Relatos personales. I. Rosso Mestra, Camila Andrea. II. Cardona Julio, Laura Sofía. III. Tordecilla Ávila, Yeri. IV. Mercado Novoa, Jesús Daniel. V. Gutiérrez Pérez, Laura Stefany. VI. Caycedo Pedrozo, Miguel Ángel. VII. Charri Campo, María Daniela. VIII. Castro Guarín, Alejandro. IX. Zawady Pupo, Juan Manuel. X. Roca Meisel, Adolfo, director. XI. Tit.

(330.98611 R382 ed. 23) (CO-BrUNB)



Vigilada Mineducación

www.uninorte.edu.co

Km 5, vía a Puerto Colombia, A.A. 1569

Área metropolitana de Barranquilla (Colombia)

© Universidad del Norte, 2020

Director

Adolfo Meisel Roca

Selección y edición de textos

María del Pilar Palacio y Jesús Anturi Perdomo

Coordinación editorial

María Margarita Mendoza

Asistencia editorial

Leonardo Carvajalino

Corrección de textos

Henry Stein y Farides Lugo Zuleta

Diseño de portada

Naybeth Díaz Romero

Concepto gráfico

Milena Cubaque Pérez

Diagramación y arte final

Munir Kharfan de los Reyes

Hecho en Colombia

Made in Colombia

© Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio reprográfico, fónico o informático, así como su transmisión por cualquier medio mecánico o electrónico, fotocopias, microfilm, *offset*, mimeográfico u otros sin autorización previa y escrita de los titulares del *copyright*. La violación de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

CONTENIDO

Prólogo	7
De caminos de herradura a las urbes del Caribe	10
<i>Camila Andrea Rosso Mestra</i>	
El atractivo de las provincias del Caribe	18
<i>Laura Sofía Cardona Julio</i>	
Entre el olvido y la violencia	26
<i>Yeri Paola Tordecilla Ávila</i>	
Dos caras de la vida en el campo	34
<i>Jesús Daniel Mercado Novoa</i>	
El peso de la tradición	42
<i>Laura Stefany Gutiérrez Pérez</i>	
Contrastes de la ruralidad	52
<i>Miguel Ángel Caycedo Pedrozo</i>	
Actos de valentía	58
<i>María Daniela Charri Campo</i>	
La prosperidad en la gran ciudad	66
<i>Alejandro Castro Guarín</i>	
El cruce entre dos mundos	76
<i>Juan Manuel Zawady Pupo</i>	
Memorias familiares	83

Prólogo

Por Adolfo Meisel Roca
Rector de la Universidad del Norte

Pocas cosas en mi vida recuerdo que fueran más aburridas que las clases de Historia de Colombia que nos daban en el bachillerato. Lo primero es que el libro que utilizábamos era un manual con pésimas ilustraciones: muchos cuadros religiosos, retratos de virreyes y óleos de ejércitos patriotas. Nos abrumaban con un sinfín de nombres de gobernantes coloniales y sus “logros”, sucesiones de batallas, escaramuzas y luego listas de presidentes con fechas y más fechas. Nada de análisis, nada que nos hiciera sentir que la historia de Colombia era la nuestra, a pesar de que, desde temprana edad, manifesté una gran curiosidad por el pasado preguntando a mis abuelos y leyendo sobre arqueología. Desde joven admiré a los grandes arqueólogos alemanes, entre ellos a Schliemann, el descubridor de Troya.

Con el tiempo, mi interés por el pasado me llevó por los caminos de la historia económica. Este ha sido tradicionalmente un campo de estudio de las grandes tendencias estructurales y muy cuantitativo.

Esto último es especialmente cierto ahora, cuando la práctica de la historia económica está dominada por la cliometría, que aplica la teoría económica y la econometría al estudio del pasado. He investigado durante años la historia económica de Colombia y de nuestra región Caribe, y lo he disfrutado. Sin embargo, siempre he sentido que la ausencia de la gente en este tipo de relatos le quita una dimensión que nos permita comprender las experiencias de quienes vivieron las transformaciones económicas y sociales que estudiamos los científicos sociales. Ese vacío lo logré llenar en parte a través del estudio de la historia empresarial de Colombia en varios estudios de caso que he publicado o estoy por publicar. Allí está la gente, por supuesto, pero se trata de unas elites.

Con el ánimo de solventar, así sea parcialmente, el vacío que deja en el estudio de la historia económica el que no estemos observando a la gente de todo tipo y sus experiencias con las variables cuantitativas y agregadas que normalmente vemos, desde hace algunos años empecé un experimento junto con mi colega María Teresa Ramírez, en mi curso de historia económica de Colombia. Consiste en poner, como uno de los proyectos, que los estudiantes ilustren con la historia de sus familias aquellos cambios estructurales o influencias coyunturales que hemos estudiado en el semestre.

A los alumnos les ha gustado mucho pues han aprendido de sus padres, y sobre todo de sus abuelos, cosas que no sabían acerca de sus antecedentes familiares. Invariablemente, ha sido una experiencia enriquecedora, y pienso que es una manera muy pedagógica para que investiguen y profundicen los temas de la materia.

En esta recopilación publicamos las historias familiares de nueve estudiantes que vieron, durante el primer semestre de 2019, el curso de Historia Económica de Colombia que dicto en la Universidad del Norte. Estas reflejan muy bien muchos de los temas que analizamos en esa clase.

Debo señalar que los nueve casos que se presentan fueron los que autorizaron la publicación de su escrito. El hecho de que estos sean estudiantes universitarios de una institución privada de excelencia probablemente introduce un sesgo hacia casos de familias que en varios aspectos han sido exitosas. Pero no tengo dudas de que en muchas dimensiones sus experiencias son las de la inmensa mayoría de las familias colombianas. Por ejemplo, en todos los casos se ven reflejadas tanto la transición demográfica como la transición epidemiológica. Recordemos que la *transición demográfica* se refiere a que en el pasado, en el caso de Colombia a comienzos del siglo XX, había una

alta natalidad y mortalidad. Con el crecimiento económico y el avance de la medicina se redujo la mortalidad y, por lo tanto, se aumentó el crecimiento de la población. Posteriormente, disminuyó la tasa de natalidad, fenómeno que en nuestro medio empezó a observarse en la década de 1960. La caída de la natalidad continúa, y el resultado es una familia cada vez más pequeña. Por ejemplo, las estudiantes del curso en mención quieren tener 0.8 hijos en promedio, es decir, una tasa por debajo de lo requerido para que la población no se contraiga.

La *transición epidemiológica* se refiere a que antes la gente se moría de enfermedades infectocontagiosas y ahora la principal causa de mortalidad es el cáncer y las enfermedades cardiovasculares. En los relatos de dos de los estudiantes vemos que antepasados suyos murieron de enfermedades infecciosas hoy curables: gangrena y tétano.

Una de las constantes en este grupo de relatos es que los antepasados eran campesinos analfabetas. El avance de sus familias se evidenció en mejoras en los servicios públicos, calidad de la vivienda y acceso a la educación. Al comienzo de algunas historias, el abuelo o bisabuelo sembraba yuca, ñame, cuidaba ganado, la familia vivía en casa de bahareque, con techo de palma y piso de tierra,

el baño era con totuma y no había electricidad, alcantarillado o acueducto.

Muchas veces, las familias mejoraron mudándose a otras poblaciones o a ciudades, tal vez porque había más oportunidades económicas.

Varias familias sufrieron las consecuencias de la violencia, ya fuera por el asesinato de un antepasado o porque fueron forzados a migrar a otros lugares por amenazas.

Otro hecho que es evidente es que buena parte de la movilidad social se logra a través de un mayor nivel educativo, sobre todo, alcanzando un título profesional. Esto es muy claro en el caso de las mujeres, que al principio del siglo XX casi no se educaban y estaban dedicadas a las labores domésticas.

Estos nueve ejemplos muestran el avance del país, con sus deficiencias en temas como la seguridad y la igualdad de oportunidades, y permiten una visión equilibrada de ese desenvolvimiento que, aunque no ha sido espectacular, sí ha alcanzado muchos logros. Lo sintetizó muy bien la abuela de Miguel Caycedo Pedrozo al referirse a su propia experiencia: “Una buena vida, a pesar de no ser la mejor vida”.

Barranquilla, 5 de junio de 2020.

De caminos de herradura a las urbes del Caribe

Por Camila Andrea Rosso Mestra

Egresada del programa de Economía en marzo de 2020.

Nacida el 4 de abril de 1999 en Cereté (Córdoba).

Felipa Gonzales y Manuel Salvador Sarmiento nacieron en Chinú (Córdoba) y crecieron con lo poco que el campo podía ofrecerles. Ambos eran analfabetas. Llevaron una vida común y corriente en la vereda de Corozo, del municipio de San Pelayo, criando a sus siete hijos y desarrollando las labores del campo.

De forma paralela, Adela Campillo, nacida en Cartagena, aproximadamente en 1883, llegó al municipio de Chimá (Córdoba). Allí fue llevada por familiares, con aproximadamente 16 años, y comenzó una carrera exitosa como profesora de primaria, lo que la animó a quedarse en el lugar y no regresar a su tierra natal. A poco tiempo de su estancia, conoció a Eulalio Coronado, con quien se casaría años después. Eulalio Coronado fue agricultor

y ganadero, nacido en el corregimiento de Corozalito, había estudiado hasta primaria, pero sus principales conocimientos se basaban en el cuidado del ganado y el cultivo de la tierra, actividades a las que se dedicó toda su vida, mientras que su esposa se dedicó a la enseñanza hasta la vejez. Tuvieron tres hijos, que educaron lo mejor posible, entre los que se encuentra mi bisabuela: Leonor Coronado Campillo.

Leonor Coronado Campillo (4 de mayo de 1912-13 noviembre de 2014) nació en el corregimiento de Chimá (Córdoba), creció y murió en el mismo lugar. A lo largo de su vida se dedicó a las labores del hogar que compartía con Aristides José Sarmiento Gonzales (1902-2002), hijo de Felipa y Manuel Salvador. Aristides era chinuano y se dedicaba a la agricultura y el comercio

“El matrimonio de mi bisabuela, quien tenía poca educación, y mi bisabuelo, quien nunca recibió educación, destacó en los negocios y pudo educar a sus ocho hijos hasta el nivel de primaria”.

de lo producido. Las ganancias que generaba la venta de su producción terminaban, por lo general, en la compra de diferentes víveres o abarrotes que adquiría en sus viajes en burro a Cereté. Vendía productos de la tierra, como plátano, yuca y derivados de la leche, para la compra de semillas para las cosechas, implementos necesarios, telas, entre otros insumos.

El matrimonio de mi bisabuela, quien tenía poca educación, y mi bisabuelo, quien nunca recibió educación, destacó en los negocios y pudo educar a sus ocho hijos hasta el nivel de primaria. Uno de ellos es mi abuela materna, Ana Leonor Sarmiento Coronado (1 de julio de 1937).

Ana Leonor Sarmiento Coronado creció en el corregimiento de Carolina (Córdoba) junto a sus hermanos, cuatro hombres y tres mujeres, a quienes cuidaba pues era la mayor. Eventualmente asistió al colegio con ellos, quienes fueron su compañía durante la niñez y buena parte de su adolescencia. Todos gozaban de buena salud, a pesar de la ausencia de servicios básicos como el acceso al agua potable, alcantarillado, luz eléctrica y gas natural. De hecho, a 2020 el corregimiento solo cuenta con servicio de electricidad, que es deficiente.

“Arístides era chinuano y se dedicaba a la agricultura y el comercio de lo producido. Las ganancias que generaba la venta de su producción terminaban, por lo general, en la compra de diferentes víveres o abarrotes que adquiría en sus viajes en burro a Cereté”.

Para cubrir las necesidades básicas, la familia recurría a las aguas del caño Bugre (parte del río Sinú) para su consumo, que purificaban con tuna y conservaban en tinajas. En lo que respecta al alcantarillado, este no existía. En el mejor de los casos, había un baño por casa, y este desaguaba en una fosa séptica común; de no ser así, las necesidades eran realizadas a la intemperie. Para iluminar las noches se usaban humeantes lámparas de gas queroseno, llamadas “mechones”, y al no existir electrodomésticos para conservar la comida, recurrían a la sal para preservarla. Dado que no había comercio de gas natural —o era muy costoso adquirirlo—, en la zona cocinaban los alimentos en fogones de leña, los cuales generaban grandes cantidades de humo negro.

A los 16 años, en sus trayectos a la escuela, mi abuela conoció a mi abuelo Libardo Manuel Mestra Agámez (8 de julio de 1924), segundo hijo de Manuel Mestra y Roquelina Agámez, quien se dedicaba al negocio familiar de la agricultura y la ganadería. Mi abuelo Libardo, trece años mayor que mi abuela, decidió pedir su mano cuando ella tenía 17 años. Se casaron cuando mi abuela cumplió 18 y se dedicaron a las labores de la casa, la agricultura y la ganadería. Tuvieron nueve hijos, de los cuales cinco son hombres y cuatro mujeres. El mayor de ellos, Libardo

Manuel Mestra Sarmiento, nació el 2 de agosto de 1956 y murió el 25 de diciembre de 1966, a los 10 años de edad, por complicaciones de salud, pues desde su nacimiento presentaba ataques de epilepsia y debilidad en el sistema inmunológico. El resto de los hijos nacieron sanos y crecieron sin problemas. Asistieron a colegios en Cereté y Montería, dado que en el corregimiento en donde vivían (Las Guamas, San Pelayo), además de escasa, la educación era de pésima calidad.

Aunque todos los hijos tuvieron educación básica, solo tres continuaron con su formación: Blanca Nelly realizó estudios de técnico en laboratorio; Ana Roquelina estudió Administración de Empresas en la Universidad Autónoma, y Fabio Javier se graduó como ingeniero civil en la Corporación Universitaria de la Costa; junto a ellos también viajó a Barranquilla Letty Luz, quien decidió vivir y trabajar allí; los demás se dedicaron a las labores del campo.

La infancia de mis bisabuelos Roquelina y Manuel no fue muy distinta de la de los padres de mi bisabuela: Dominga Pedroza y Alfredo Agámez, incluso para su época era muy difícil el acceso a servicios básicos. Mis tatarabuelos Dominga y Alfredo, nacidos aproximadamente entre 1865 y 1880, eran oriundos de Chimá y Cartagena, respectivamente. Ambos fueron

médicos, decidieron asentarse en Chimá cuando se casaron y tuvieron dos hijos. Aunque los dos eran profesionales, solo uno fue a la universidad, pero no la concluyó.

Por el lado de la familia de mi bisabuelo Manuel, sus padres eran Petrona Segura y Manuel Mestra, loriquera y pelayero, quienes se dedicaron a las labores del campo y la ganadería, y educaron a sus tres hijos hasta básica primaria.

Según lo consultado con mis familiares, el abuelo de Roquelina Agámez Pedroza, del que no tengo registro más que las entrevistas realizadas, es Martín José Amador Rodríguez, mártir de la independencia y héroe de la patria nacido en Cartagena, en 1778, hijo de Esteban Baltazar de Amador, un comerciante procedente de Cádiz, y Josefa Rodríguez, criolla cartagenera. Martín Amador en su juventud se dedicó al negocio de su padre, que era el comercio en Guaira y Cádiz, luego pasó a ser parte de las revoluciones en España y Venezuela, y finalmente miembro del ejército de Cartagena; se desarrolló como coronel en la zona correspondiente de Tolú y Montería, donde fue apresado por los realistas y fusilado por Morillo en Cartagena, en 1816. Adolfo Meisel en su texto *Entre Cádiz y Cartagena de Indias: la red familiar de los Amador, del comercio a la lucha por la independencia americana*, asegura

que Martín José medía 5 pies con 5 pulgadas (165 cm) y tenía el pelo y los ojos negros¹. De su descendencia hay registros que aseguran que tuvo nueve hijos.

Roquelina Agámez se dedicó a la enseñanza hasta su vejez, al lado de su esposo Manuel de Jesús Mestra Segura, hijo de Petrona Segura y Manuel Mestra. Este último era un loriquero agricultor y ganadero, dueño de grandes extensiones de tierra, perteneciente al Partido Liberal, lo que lo hacía blanco de ataques de todo tipo. Cuentan mis familiares que un día llegaron miembros de la guerrilla con la intención de expropiarle sus tierras, pero no lograron abarcar su extensión; estas guerrillas, inicialmente formadas con ideales nacionalistas y socialistas, eran conocidas como la “chusma” o “los chusmeros”, y usualmente hacían “caza” de liberales en la zona. Así que Manuel debía permanecer oculto para que no lo mataran en la época de los godos. Del matrimonio Mestra Agámez nacieron dos hijos. Uno de ellos es mi abuelo Libardo Manuel Mestra Agámez.

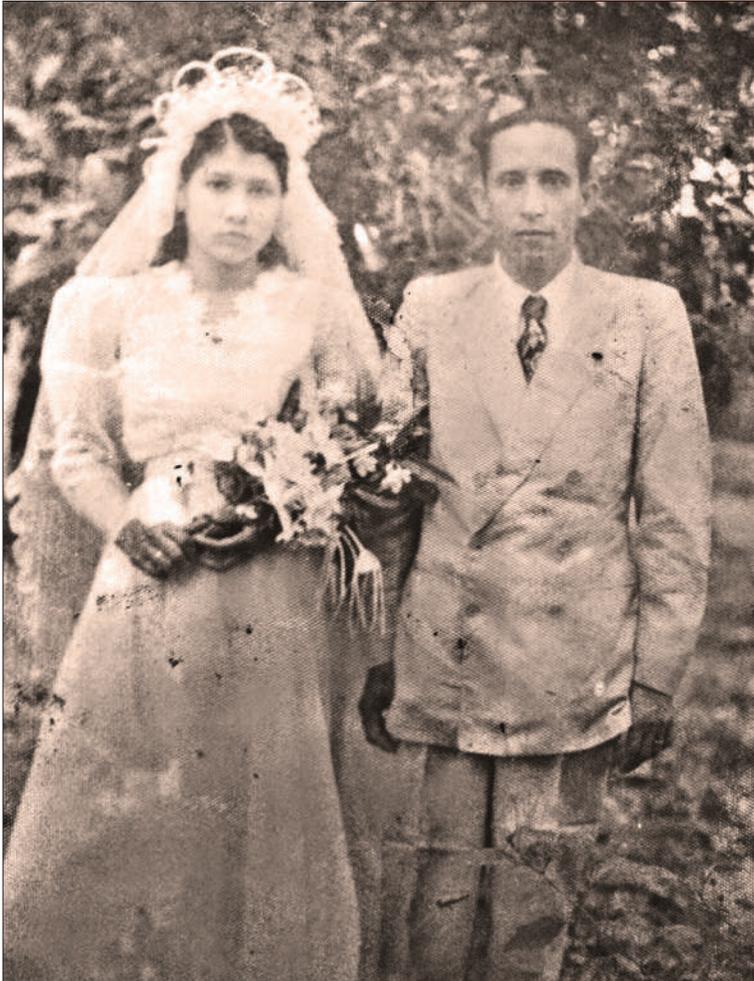
Como señalé antes, mi abuelo se casó con mi abuela Ana Leonor Sarmiento

¹ Tomado de: *Cuadernos de historia económica y empresarial* (2004) del Banco de la República.

y tuvieron nueve hijos, entre ellos mi madre Blanca Nelly, quien antes de estudiar laboratorio con titulación técnica vivió en Las Guamas (San Pelayo), estudió la básica primaria con una institutriz y luego asistió al Instituto Cereté, en donde se graduó de bachiller. Mi mamá no pudo trabajar por mucho tiempo en el cargo que desarrollaba, pues presenta una condición médica especial que le limita la visión, producto de una lesión que sufrió cuando era pequeña. Ha vivido la mayor parte de su vida en Cereté (Córdoba). Fue allí donde conoció a Domingo José Rosso Aguas, con quien tiene una hija: yo, Camila Rosso Mestra.

Domingo José Rosso Aguas es comunicador social y periodista, originario de Ayapel (Córdoba). Sus padres, José Domingo Rosso y Juana Aguas Yepes, también son de Ayapel. El sustento de la familia fue principalmente la pesca, la cual realizaban en la Ciénaga Grande de Ayapel; actividad que ha mermado porque la ciénaga está contaminada por metales pesados.

Domingo Rosso se trasladó a Cereté en busca de mejores oportunidades de trabajo y estudio. En un principio se desempeñó como ayudante en una finca cercana al casco urbano de Cereté, lo que le permitió reunir el dinero suficiente



*Ana Sarmiento y Libardo Mestra
en su boda.*

para comenzar a estudiar una carrera universitaria.

Yo nací el 4 de abril de 1999. Viví en Cereté y estudié en un colegio católico toda mi primaria y parte de mi bachillerato, y me gradué de secundaria en la Institución Educativa Marceliano Polo en 2015. Después inicié mis estudios universitarios en la Universidad del Norte de Barranquilla, como beneficiaria de una beca del programa Ser Pilo Paga. Mi estatura es de 160 cm, es decir que estoy en el promedio nacional, al igual que mi abuela y pocos miembros de la familia. Terminaré mi carrera, lo que generará movilidad social para mi familia, pues mi mamá terminó una carrera técnica.

La educación no ha sido uno de los factores principales en la historia de mi familia; componentes como el lugar de nacimiento o el desarrollo rural no brindaron un ambiente propicio para la generación de capital humano altamente calificado. Mis abuelos y bisabuelos, en su mayoría, se dedicaron a las labores del campo, donde tenían a su disposición lo poco que este les podía ofrecer y donde no era fácil el acceso a la educación para sus hijos.

La región donde vivió la mayor parte de mi familia materna está ubicada entre San Pelayo y Chimá (Córdoba), aunque había pocos asentamientos urbanos

que podían facilitar el desarrollo de la educación de la población, factores como el transporte dificultaban el acceso, pues las vías para movilizarse eran caminos de herradura y el medio de transporte por excelencia eran burros. Además de la ausencia de energía eléctrica o agua potable, entre otros servicios básicos, como el alcantarillado y un buen sistema de salud, que son determinantes en el desarrollo del capital humano.

Sin embargo, se puede apreciar que la movilidad social se dio en las últimas generaciones. Aunque solo dos de los ocho hijos con vida de mis abuelos son profesionales, y solo uno reside en una ciudad, todos los hijos de estos se encuentran recibiendo educación con proyección a la superior; algunos ya la culminaron y otros se encuentran recibéndola.

En cuanto a la movilidad social, por parte de mi familia materna, la hermana de mi abuela Ana Leonor, Felipa Sarmiento, fue la primera de los ocho hermanos en movilizarse al casco urbano y permanecer ahí; además, sus tres hijos son profesionales y el total de sus nietos se encuentra recibiendo educación de excelencia, lo que impactó de manera positiva su calidad de vida.

Al analizar otra variable para determinar el desarrollo de la familia, como el aumento en la esperanza de vida, no se

ve una tendencia clara a lo largo de las generaciones que permita encontrar conclusiones sobre su evolución.

Se observa, por ejemplo, que en la familia de mi abuela materna hay una disminución de la edad de muerte de sus miembros, lo cual no tiene una explicación intuitiva más allá de que, a diferencia de mis tatarabuelos y bisabuelos, las nuevas generaciones han presentado enfermedades que mis antepasados no padecieron.

A lo largo de las entrevistas realizadas no noté ninguna expresión de alta satisfacción con la calidad de vida

actual, pero tampoco un descontento por la manera como crecieron. Si bien en algunos casos hubo retroceso en el desarrollo y en las mejoras en la calidad de vida, esto se puede explicar por las limitaciones de los lugares donde se asentaron, la calidad de los servicios y las dificultades en el transporte.

A pesar de esto, puedo destacar que en mi familia siempre estuvo presente la importancia del trabajo, y aunque en la mayoría de los casos la educación de calidad no hizo parte de sus vidas, fueron personas que se desarrollaron y destacaron en su comunidad.

El atractivo de las provincias del Caribe

Por Laura Sofía Cardona Julio

Egresada del programa de Economía en marzo de 2020.

Nacida el 12 de enero de 1999 en Lorica (Córdoba).

En Tenerife, Islas Canarias (España), nació Pedro Alonso Perdomo, en 1885. Era de piel blanca y facciones simétricas, de 1,73 de estatura. Su familia era propietaria de viñedos. Terminó sus estudios en un seminario español, donde aprendió sobre geografía y a hablar perfectamente tres idiomas: español, latín e italiano.

Víctima del proceso migratorio tras los estragos causados por la Segunda Guerra Mundial, decidió emprender un viaje en barco hacia América. Teniendo en cuenta la perspectiva internacional de los países latinoamericanos, escogió llegar a Cuba, donde consideró que podía tener mejores oportunidades en cuanto a su calidad de vida. En el tiempo que permaneció en ese país forjó una economía bastante estable, basada en el comercio de productos varios, pero

por problemas personales decidió dejar la isla para trasladarse a Brasil. Allí no encontró estabilidad laboral, así que con el tiempo decidió probar suerte en Colombia, más específicamente en Lorica (Córdoba).

En la época de su llegada al país, “Lorica Saudita”, como la bautizó David Sánchez Juliao, se encontraba en pleno período de auge económico, producto de su gran comercio fluvial que, cuando comenzó la época de la modernidad, impulsó la creación de empresas de bebidas gaseosas, la producción de mantequilla, quesos y otros productos lácteos. Un gran número de inmigrantes siriolibaneses y españoles llegaron a Córdoba durante el siglo XIX y desempeñaron un papel importante en la arquitectura y economía del Sinú.

“A medida que avanzaron las generaciones, se fueron reduciendo las necesidades básicas insatisfechas, hasta el punto de volverse nulas”.

Pedro se casó con Benigna Padilla Nieto, una joven de tez clara, nacida en Mompo, 15 años más joven que él. Se conocieron casi a mitad del siglo XX en Loricá; entonces la economía del corregimiento la impulsaba el comercio, la pesca y la ganadería. La familia Alonso Padilla se sostenía con actividades asociadas al comercio: Pedro traía mercancía, llamada “cacharrería”¹ desde Barranquilla; mientras su esposa cuidaba a sus dos hijos, Isidoro y María Filomena.

Se consideraban una familia acomodada. Su vivienda estaba construida en madera y techo de zinc, como muchas casas de la época. Sin embargo, aún se veían muchas casas de bahareque y palma, lo que representaba un problema durante el verano, porque solían incendiarse, y la única fuente de agua provenía del río. Por si fuera poco, en épocas de invierno, la población tenía que luchar contra inundaciones, y debido a las carencias de la medicina preventiva, casi inexistente en aquellos años, las enfermedades endémicas como el paludismo, la viruela, el sarampión y la tos ferina eran constantes. Además, a principios del siglo XX, los loriqueros no contaban con acueducto o alcantarillado; solo hasta 1950 se iniciaron las obras

¹ Productos varios como ropa, zapatos, electrodomésticos, herramientas, entre otros.

del acueducto municipal y la instalación de energía eléctrica para la población. “Yo conocí de primera mano la carencia de implementos para atender las enfermedades del corregimiento. Toda mi vida trabajé en mi farmacia, y en mis años de juventud permanecía 24 horas en funcionamiento”, dice Adel Julio Galeano, esposo de María Filomena.

El mayor de los hijos de los Alonso Perdomo, Isidoro, realizó sus estudios en la Escuela Simón López, hasta que ingresó a la Escuela Militar; por su parte, María Filomena estudió hasta 4º de bachillerato, en la misma escuela, y se casó con Adel Julio Galeano, un joven que provenía de una familia loriquera de bajos recursos.

El padre de Adel, Antonio Julio Gutiérrez, nació en 1912, en Lórica (Córdoba). Era moreno y alto; murió a los 81 años. Producto de la inseguridad y el conflicto bipartidista (1948-1958) que azotaba al país, los liberales intentaron matarlo en dos ocasiones por ser un conservador puro. Antonio solo estudió la primaria; se casó con la cereteana Josefa Galeano Flórez, mujer alta y de tez blanca que murió a los 76 años.

La familia Julio Galeano vivía en una casa de bahareque y palma, sin piso, cerca del río. Dicha cercanía le permitía a Antonio, antes de iniciar su jornada laboral, dedicarse a pescar para su

familia, porque su actividad principal era conducir un vehículo de un reconocido médico de apellido Rhenals. Por su parte, Josefa cuidaba a sus diez hijos —una mujer y nueve hombres—, y se encargaba de comprar los suministros básicos en el mercado público, donde se agrupaban comerciantes bulliciosos, en su mayoría mujeres y una gran cantidad de canoas, lanchas, portátiles² y uno que otro buque, listos para comerciar. Los sábados era el mejor día para comprar, pues se presentaba mayor actividad comercial. De Cartagena llegaban buques, y de los pueblos de las ciénagas toda clase de productos, como ñame plátano, arroz, yuca y berenjena.

“En mi niñez, la vida era muy humilde. Mi papá salía todos los días a pescar a la orilla del río Sinú; traía de cinco a ocho bocachicos para que mi mamá los preparara para mí y mis hermanos. Luego, iba a manejar el vehículo del doctor y regresaba tarde a la casa, muy cansado; le tocaba transitar por las calles oscuras de aquel pueblo, solo se veía la luz del hospital a lo lejos”, cuenta Adel Julio Galeano.

Para la época, Lórica, un pueblo semiurbano y semirural, mostraba un comportamiento semejante al del

² Así llamaban los loriqueros a los botes medianos.

resto del país. Muchos problemas de los sinuanos, tanto del Bajo como del Medio y el Alto Sinú, permanecían sin solución, lo que evidencia la falta de políticas sociales. Se vivió una época casi estacionaria, durante la cual la población crecía poco, debido a las enfermedades que padecía. Fueron tiempos marcados también por la ausencia tanto del Estado como de las instituciones; la seguridad era poca y se presentaban muchas muertes por diferencias políticas. Era tanto el abandono de las clases dirigentes del departamento de Bolívar, que a mediados del siglo XX decidieron crear el departamento de Córdoba, conformado por el Bajo, Medio y Alto Sinú.

Adel, el mayor de los hijos del matrimonio Julio Galeano —alto, moreno y de facciones negras—, empezó a trabajar a los once años en la farmacia de los Rhenals para ayudar a mantener a su familia, lo que le impidió asistir a la escuela. “Cuando aprendí a inyectar, el doctor Rhenals me compró un banquito para poder alcanzar la camilla, pero algunos de los pacientes decían que no se querían dejar inyectar por un niño”, recuerda Adel.

En este contexto se puede identificar la carencia de capital físico y humano que tenía el sistema de salud: la mayoría de las personas acudía a farmacias como si fueran consultorios médicos, y

las escasas atenciones prestadas eran producto de conocimientos adquiridos de manera empírica, transmitidos a través de la tradición oral.

En 1960, a los 24 años, Adel emprendió un viaje a Cartagena para realizar un curso de preparación como visitador médico, el cual fue interrumpido por una llamada de su padre en la que le informaba que se había ganado un dinero en el “quinto”, una rifa local. Adel usó ese dinero para poner su propio negocio, Farmacia Alfa, porque su padre no sabía qué hacer con ese capital. A partir de esto, con mucho trabajo salió del estrato económico bajo en el que se encontraba, logró brindar estudios técnicos a dos de sus hermanos, construir su casa de material, invertir en la construcción de otros inmuebles y, finalmente, casarse con María Filomena Alonso.

La familia Julio Alonso tuvo cinco hijos: Adel Jesús, Alonso Jesús, Julio Jesús, Astrid del Carmen y Nelia María. Todos terminaron el bachillerato en Barranquilla (Atlántico), son profesionales en diferentes áreas y cada uno tuvo entre uno y tres hijos. Su niñez fue muy diferente a la de sus padres, ninguno tuvo la necesidad de trabajar o ir a buscar agua en burro al río. Por el contrario, gozaron de muchas comodidades. En esta época Lorica ya contaba con un sistema de acueducto, alcantarillado y energía

eléctrica. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos por incrementar su desarrollo, los efectos de los proyectos se vieron opacados por la externalidad de la construcción de las carreteras en los años de 1950 (Lorica-Montería, Lorica-Chinú y Lorica-Coveñas), que provocó un descenso en el comercio fluvial; actividad que dinamizaba su economía.

Astrid del Carmen (1969), la hija mayor, terminó su bachillerato en el Colegio de Barranquilla, estudió Derecho y se especializó en Derecho Administrativo en la Universidad Sergio Arboleda de Bogotá. En 1990, conoció al cereteano Fernando Antonio Cardona Barguil (1966), con quien se casó y tuvo dos hijas.

LOS CARDONA BARGUIL

La familia de Fernando Antonio también vivió procesos migratorios: su abuelo Antonio Barguil Eljach (1896-1999) nació en Malula (Siria). Muchos de los habitantes decidían emigrar por las difíciles condiciones en que vivían bajo el dominio del Imperio otomano, antes y durante la Primera Guerra Mundial. En 1916, emigró a Francia por dos años, solo sabiendo leer y escribir; ahí aprendió francés e incursionó en el mundo del comercio. Luego escuchó historias sobre las oportunidades fabulosas que abundaban en América. Entonces solo se conocían tres países hacia donde emigrar: Brasil, Estados Unidos y

Argentina. Antonio decidió viajar a Brasil, donde se instaló por casi 15 años; allí estableció una panadería, que más tarde fue quemada por pertenecer a un inmigrante. Después de dicha tragedia, que casi provoca su muerte, emprendió viaje a Colombia, específicamente a Cereté (Córdoba), donde sabía que se encontraban unos familiares.

Para la primera década del siglo XX, la dinámica comercial de Cereté entró en auge, hasta llegó a considerarse un centro de mercadeo y acopio subregional. Además, funcionaba como puerto de embarque de los productos con destino al puerto de Lorica, para finalmente llegar al de Cartagena.

Antonio era de estatura mediana, blanco, nariz pronunciada y cejas tupidas, características de su país de origen. Se ubicó en el corregimiento de Manguelito. Allí conoció a la cereteana Antonia Banda (1922-2018), una joven de tez trigueña, casi 20 años menor que él, con quien se casó y tuvo diez hijos.

Los Barguil Banda vivían en una parcela cerca del río, lo que les permitió dedicarse a actividades de la tierra: cultivaban algodón, maíz y criaban ganado. Más adelante, la buena racha de su actividad económica les permitió poner una tienda en su casa, hecha de madera y palma. Sin embargo, años después se produjo un incendio que



*Adel Julio Galeano y
María Filomena Alonso Padilla.*

destruyó sus bienes; afortunadamente Antonio había incrementado su capital en tierras. Esto permitió que pudieran vender algunas para comprar una casa en Cereté, hecha de “material”, al estilo republicano.

En busca de una mejor educación para sus hijos (Elías, Emilio, José, Carmen, Elizabeth, Esperanza, Rosita, Yamile y Richard), los enviaron a estudiar al colegio La Esperanza, de Cartagena. La mayoría de los hombres de la familia siguieron los pasos de su padre: se dedicaron a la agricultura y la ganadería, principalmente algodón, excepto José, que viajó a España a estudiar química. Con respecto a las mujeres, se preocuparon más por casarse y ser amas de casa.

Carmen Barguil Banda (1942-2004), una joven alta, ojos rasgados y con cejas tupidas, se casó a los 20 años con Luis Fernando Cardona Álvarez (1940), alto, de 1,87 de estatura, blanco y de cabello negro. Nació en Medellín (Antioquia). Sus padres, Nepomuceno Cardona Mesa (1910-1999) y Julieta Álvarez Morales (1923-1993) se dedicaban a la venta de abarrotos al por mayor: manteca, azúcar, entre otros. En 1966, la familia se mudó a Cereté. En ese tiempo, el municipio vivía un desarrollo económico positivo, impulsado por la creación del departamento de Córdoba. A su vez, la elección de Montería como capital le

permitió beneficiarse por su cercanía. La decadencia del puerto fluvial de Lorica también contribuyó para que su importancia en la región aumentara, puesto que en comparación presentaba más dinamismo económico. Se podría decir que era un lugar atractivo para vivir, presentaba estabilidad política y poca violencia, además de grandes oportunidades industriales, como la introducción del cultivo del algodón a gran escala.

La familia Cardona Barguil vivía en una casa de bloque y cemento, que contaba con los servicios públicos, ubicada en la misma calle de los Barguil Banda. Luis Fernando se dedicaba al cultivo de algodón y Carmen al comercio de productos varios. Solo engendraron dos hijos, Fernando Antonio y Carlos Antonio. Ambos estudiaron en el colegio La Salle Montería y realizaron estudios militares en Bogotá, al igual que sus carreras profesionales. Carlos estudió arquitectura en la Universidad Javeriana y Fernando administración de empresas con énfasis en economía en el Politécnico Gran Colombiano.

El matrimonio conformado por Fernando y Astrid decidió vivir en Lorica, porque el padre de Astrid empezó a invertir en el negocio de la construcción y le obsequió un apartamento en el municipio. Tanto Fernando como Astrid aportaban a las finanzas del hogar. Mientras Fernando

“Para la primera década del siglo XX, la dinámica comercial de Cereté entró en auge, hasta llegó a considerarse un centro de mercadeo y acopio subregional”.

era gerente de su propio negocio de productos eléctricos, Astrid trabajaba en el área de contratación en la Alcaldía de Lorica y la Casa de la Cultura. En 2005, se separaron.

En 2006, con un año de separada, Astrid consiguió empleo en la Gobernación de Córdoba, por lo que se mudó a Montería con sus dos hijas, María Andrea (1994) y Laura (1999). Ellas terminaron el bachillerato en el colegio Gimnasio Vallegrande en Montería. María Andrea decidió estudiar Derecho y Laura, Economía, ambas en la Universidad del Norte en Barranquilla.

La historia de estas familias ilustra el papel que jugó la región Caribe como foco de la inmigración nacional. Debido

a que los corregimientos de la región presentaban baja densidad poblacional, comparada con otras regiones del país, se facilitó la adquisición de terrenos rurales para utilizarlos en agricultura y ganadería. De esta manera, el Caribe colombiano resultaba atractivo para el establecimiento de inmigrantes, además del hecho de tener grandes puertos fluviales y marítimos con gran actividad comercial.

A medida que avanzaron las generaciones, vemos cómo se fueron reduciendo las necesidades básicas insatisfechas, hasta el punto de volverse nulas. Con respecto a los niveles de educación, se ve un aumento entre la primera y la última generación: si al principio solo sabían leer y escribir, podríamos estimar que la última obtendrá por lo menos un título de maestría. De la misma manera, el enfoque de género también tuvo un salto positivo, si bien la región se caracteriza por comportamientos machistas, laboralmente las mujeres pasaron de ser amas de casa a ser el principal ingreso de las familias.

Otro punto para destacar tiene que ver con la movilidad y el transporte, cuya evolución significó, por momentos, la pérdida del potencial económico de una población y, en otros, sirvió de impulso para la conectividad y el fortalecimiento de la dinámica económica.

Entre el olvido y la violencia

Por Yeri Paola Tordecilla Ávila

Egresada del programa de Economía en marzo de 2020.

Nacida el 29 de octubre de 1998 en Sincelejo (Sucre).

Gran parte de la historia de mi familia ocurre en dos sitios principales: Sabaneta y Planeta Rica, ambos ubicados en el departamento de Córdoba.

Con 310 años de historia, Sabaneta es un corregimiento de Momil, ubicado entre Sacana y Momil y cerca de San Antonio de Palmito, Pereira y Guaymaral. A pesar de que en sus inicios forjó un crecimiento productivo, su ubicación geográfica pudo haber ocasionado un estancamiento en el tiempo, en relación con el desarrollo que logró Momil, que aumentó rápidamente el número de sus habitantes gracias a su cercanía a la Ciénaga Grande del Bajo Sinú.

Los primeros pobladores de Sabaneta fueron indígenas, no obstante, los nuevos que llegaron por el golfo de Morrosquillo y el río Sinú eran turcos y españoles, y por la explotación minera en el Cerro Mohán la mayoría

de los grupos indígenas se ubicaron hacia la parte norte del municipio, de manera que se fueron asentando en lo que hoy día es Chinú, San Andrés y Chimá. Es por ello que los habitantes de Sabaneta, incluyendo Momil, son una mezcla de blancos e indígenas. Su principal actividad económica, por varias décadas e incluso de familias pudientes, ha sido la ganadería.

A pesar de que Sabaneta es un corregimiento casi que desconocido y olvidado por el gobierno, no ha sufrido los efectos de la violencia y el desplazamiento propio de los últimos 50 años de nuestro país. Por ello, las familias que se instalaron desde mediados del siglo XX aún residen en el corregimiento, como mis tatarabuelos y sus descendientes. No obstante, las limitadas condiciones de acceso, la baja calidad de los servicios públicos, educativos y el mal estado de las vías aún persisten.

“Desde finales de 1974 fueron varios los asesinatos en Planeta Rica y sus alrededores, por lo que en 1975 fueron desplazados por la violencia propia de la guerra de más de 50 años en nuestro país”.

Por otro lado, el municipio de Planeta Rica, también en el departamento de Córdoba, comenzó como un caserío a principios del siglo XX y para 1910 sus áreas más productivas se ubicarían al occidente y oriente del municipio. En Planeta Rica nacieron los últimos tres hermanos de mi abuela materna. En 1975 sus padres (mis bisabuelos) fueron despojados de su finca ubicada específicamente en La Arena, luego de haber vivido 10 años dedicados a los oficios propios de la finca y la agricultura.

En retrospectiva, el crecimiento de mi familia materna muestra una tendencia a disminuir el número de hijos. Según narra mi abuela, antes de 1950 se tenían familias muy numerosas, lo que ella atribuye a dos razones: la primera es que la mayoría de las madres nunca fueron a la escuela; y la segunda, porque no existían métodos anticonceptivos. De hecho, asegura que así como la mayoría de las familias eran bastante numerosas, de la misma manera existía cierto número de abortos espontáneos; tal vez, dice mi abuela, por las distintas actividades que debían desarrollar las mujeres y que requerían esfuerzos, como pilar maíz y arroz, y también por la falta de cuidados propios del embarazo. Me cuenta que para la época no existían controles o médicos que orientaran y dieran información confiable. De hecho,



Mi bisabuelo Luis Ávila asegura que en su juventud las fotografías no eran tan fáciles de obtener, por ende, solo logró tomarse unas cuantas fotos, y esta es la única que le quedó después del desplazamiento. Para poder pagar esta pintura tuvieron que vender una novilla.

solo dos de sus hermanos nacieron en hospitales, el resto nació en casa con el apoyo de una partera.

Por el lado de mi familia paterna, mis abuelos Leticia Ramos y Cristo Tordecilla tuvieron un total de 8 hijos, 5 hombres y 3 mujeres. Mi padre Omar Tordecilla tuvo 5 hijos; Manuel del Cristo Tordecilla, 2 hijos; Marcos Tordecilla, 3; Miguel Tordecilla, 2; Sol Marina Tordecilla, 3; Liliana

Tordecilla, 2; Luisa Tordecilla, 1 y Eulices Tordecilla, 2.

ESTUDIAR Y PILAR ARROZ

La educación en mi familia materna fue muy pobre por las limitadas opciones que ofrecían las zonas que habitaban. Si uno vivía en Planeta Rica o Sabaneta, según cuenta mi abuela Luisa Ávila, acceder a los colegios era especialmente difícil, puesto que había que caminar entre una y dos horas para llegar. Es por ello que para la época escasamente aprendían a contar, leer, y casi que no sabían escribir. Ninguno de mis antepasados, hasta la generación de mis abuelos maternos, tuvo la oportunidad de entrar a estudiar en una corporación técnica o en la universidad. Hoy día, escribir sus firmas les cuesta, algunos quedaron totalmente analfabetas.

En medio de esas condiciones, la generación de mi abuela avanzó de la siguiente manera: de ocho hermanos (cinco mujeres y tres hombres), solo tres terminaron el bachillerato (dos mujeres y un hombre); uno no estudió y el resto cursó algunos grados de la primaria, entre ellos, mi abuela.

Cabe resaltar que fueron los hermanos menores los que lograron terminar el bachillerato, porque ya habían mejores condiciones económicas para el acceso

a estudios en la familia. Mi abuela me cuenta que, en su caso, sus ganas de estudiar eran grandes, puesto que no quería quedar analfabeta y deseaba sacar a la familia adelante; sin embargo, todos sus esfuerzos eran insuficientes, debido a que le tocaba, junto a sus otros hermanos, ayudar en la casa, atender los cultivos de la familia y pilar arroz.

Para la generación de mi mamá y la de mis primos segundos, hacia las dos últimas décadas del siglo XX, las condiciones cambiaron: pudieron acceder a educación superior y estudios técnicos. A pesar de ello, las pocas oportunidades que tuvo gran parte de mi familia materna desde las primeras generaciones hasta hoy día se reflejan en el hecho de no haber podido alcanzar el éxito económico.

Por parte de mi familia paterna, mis abuelos lograron terminar la primaria y no siguieron estudiando, debido a las actividades que les correspondía realizar en el hogar, pero todos sus hijos pudieron estudiar, algunos hasta el bachillerato, pero otros incluso terminaron sus estudios de educación superior. De ocho hijos, tres tíos y una tía lograron estudiar licenciatura, dos tíos más estudiaron carreras técnicas, y mis otras dos tías estudiaron hasta secundaria. Sin duda, por el lado de mi familia paterna tuvieron un mejor

crecimiento económico en comparación con mi familia materna.

HUIR DE LA VIOLENCIA Y BUSCAR NUEVAS OPORTUNIDADES

Mi bisabuela María Velásquez vivió hasta los 27 años en Los Nobles de los Hermanos Velásquez, la finca de su familia ubicada en Sabaneta construida con bahareque, techo de palma y sin piso (como todas las de la época en esa zona), y que tenía cultivos de arroz, maíz, yuca, ñame y plátano; y criaderos de gallinas, cerdos y patos. El principal sustento provenía de la compra y venta de ganado, de la venta de leche, suero, queso y huevos; eventualmente de limpiar el monte o poner cercas en otras fincas o casas. Allí preparaban sus comidas, en fogones de leña, sin luz eléctrica y tomando agua de los pozos más cercanos, a los que iban en burro o caballo, para asearse o para recoger agua en tinajas y llevar a la finca y, entre otras labores, poder cocinar.

En Sabaneta nacieron los primeros cinco hijos de mi bisabuela, pero los últimos tres fueron de Planeta Rica, a donde mi abuela tuvo que desplazarse para trabajar con mi bisabuelo Luis, también en agricultura y ganadería.

Desde finales de 1974, fueron varios los asesinatos en Planeta Rica y sus

alrededores, por lo que en 1975 fueron desplazados por la violencia propia de la guerra de más de 50 años en nuestro país. Fue así como la familia llegó hasta Trinidad (Antioquia), en donde los locales les colaboraron con comida y espacio para acomodarse hasta que mi bisabuelo pudo conseguir un trabajo en una finca. Allí debía cortar el monte, hachar leña, sembrar maíz, yuca, plátano y arroz. Mientras tanto, mi bisabuela se dedicaba a los oficios domésticos y a seguir criando a sus hijos.

Cuatro años después, otra ola de violencia los golpeó, la cual generó un nuevo desplazamiento, esta vez hasta Sabaneta, la tierra de mi bisabuela. Establecidos allí, pudieron continuar con cultivos, criaderos, y lo más importante, construir su propia vivienda.

A partir de 1982, mi abuela y sus siete hermanos terminaron migrando hacia algunas ciudades del país. Con edades entre 17 y 25 años, se movieron en búsqueda de nuevas oportunidades. José se fue para Puerto Berrío (Antioquia), en donde logró ser técnico en electricidad, y así entrar a trabajar en una empresa dedicada a ello. Aníbal se fue para Venezuela y obtuvo su vivienda por cuenta de su trabajo como cuidandero de finca. Josefa, quien también se trasladó a Venezuela y logró trabajar durante años como cocinera para los obreros

“Todos salieron para mejorar su estilo de vida, sin embargo, no fue fácil conseguir un trabajo que no fuera en casa de familia, cuidar fincas o dedicarse a albañil, pues no contaban con la educación necesaria para recibir mejores salarios”.

de una hacienda, tuvo que retornar al poco tiempo por sus hijos, que había dejado al cuidado de mi bisabuela. Betty se desplazó a Cartagena para trabajar en una casa de familia, pero también regresó por sus hijos a Sabaneta. María Mercedes y Matilde se trasladaron a Bogotá y consiguieron empleo en casas de familia y luego se regresaron a la Costa, una a Sincelejo y la otra a Sabaneta. William se fue a Montería para trabajar en oficios varios durante aproximadamente cinco años y luego se estableció en el municipio de Momil. Por su parte, mi abuela se trasladó a Sincelejo y logró trabajar como asistente en un local del Mercado de Sincelejo. Allí se estableció y consolidó su hogar.

Desde la década de 1990, todos los hijos de mis bisabuelos se independizaron, construyeron sus casas de material, con cemento, bloques, buenas columnas, techos de *Eternit*, con cerámicas y con todos los servicios públicos. Con la construcción de carreteras, el transporte también cambió de burros o caballos a camiones que facilitaban el traslado entre municipios para acceder a más bienes y servicios.

Por el lado de mis abuelos paternos, su lugar de residencia fue Sabaneta (Córdoba), en donde se dedicaron plenamente al cultivo de arroz, yuca, plátano y maíz, también al ganado,

criadero de cerdos y varios burros, los cuales prestaban para hacer cargas y tener otros ingresos. Mis tíos se trasladaron a Barranquilla, Montería y Medellín para seguir estudiando y en búsqueda de oportunidades laborales.

LAS MUJERES EN EL HOGAR, LOS HOMBRES A TRABAJAR

Colombia ha sido un país en el que, a pesar de los años, sigue existiendo una brecha a la hora de hablar de igualdad en oportunidades para hombres y mujeres, específicamente en cuanto a las laborales. Tradicionalmente se ha considerado que la mujer es quien debe dedicarse a los oficios del hogar y a la crianza de sus hijos. Las oportunidades de las mujeres en generaciones pasadas fueron muy pocas, tanto para trabajar como para estudiar, y eso se evidencia en la brecha existente entre ambos sexos a la hora de revisar el crecimiento económico.

Mi familia no ha sido la excepción; al buscar noté un patrón común en la mayoría de las mujeres de la familia: se quedaban en casa haciendo los oficios, incluso suspendían sus estudios, mientras el hombre del hogar salía a trabajar.

En mi familia, la mayoría son mujeres, y como describí antes, su acceso a la

educación fue limitado. Hoy tres de ellas son amas de casa, mi abuela ha seguido trabajando en un local en el Mercado de Sincelejo, y otra de sus hermanas sigue trabajando en una casa de familia.

Tengo 15 primas segundas y todas terminaron la secundaria, pero la mayoría no continuó sus estudios por falta de recursos. Tres lograron hacer cursos técnicos, pero no ejercen porque se dedicaron al hogar y viven en zonas totalmente rurales en Sabaneta o Guaimaral. Solo una logró terminar sus estudios en la Universidad de Medellín y hoy día se encuentra laborando como ingeniera civil.

En cuanto a mi madre, solo alcanzó a terminar la secundaria y estuvo trabajando durante 4 años como auxiliar de archivos en una biblioteca de Sincelejo, cuando tenía 22 años, y hoy día es ama de casa.

En cambio, los hombres de mi familia materna tuvieron un mayor acceso a la educación. Uno de los hermanos de mi abuela logró realizar cursos técnicos y conseguir trabajo en la empresa Termotécnica Coindustrial; los otros dos estudiaron hasta bachillerato y se han dedicado al campo. Por su parte, todos mis primos segundos, 10 en total, han terminado la secundaria y tres continuaron estudios universitarios: dos

de ellos laboran como ingenieros civiles y el otro se encuentra haciendo un curso técnico en mecánica.

En contraste, en mi familia paterna hubo mejores oportunidades por los estudios alcanzados. Mi padre estudió licenciatura en Ciencias Sociales y se encuentra trabajando como docente desde hace 33 años en un colegio público. En cuanto a mis primos paternos, todos han seguido estudiando y algunos ya son profesionales.

SALUD, NUTRICIÓN Y ANTROPOMETRÍA

Durante el siglo XX, toda mi familia materna se dedicó a la agricultura, es decir, a sembrar sus propios alimentos, que en su mayoría eran yuca, plátano, arroz, ñame y maíz; también sembraban café y frutas como mango, guayaba, limones, naranjas y ají. A mediados de la década de 1980, cuando surgieron

nuevas oportunidades para mi abuela Luisa Ávila y sus hermanos, al menú se incorporaron la mazamorra de maíz, el café con leche cruda y a veces recién ordeñada, agua de panela, y esporádicamente gallina, cerdo o una vaca de la casa.

Como consecuencia, la nutrición en ese entonces fue bastante escasa en proteínas y vitaminas; caso contrario a lo ocurrido en las últimas tres décadas, cuando se empezó a ampliar el menú gracias a la comunicación e intercambio de alimentos con otros lugares.

Mi bisabuelo cuenta que, ante la inexistencia de un hospital o puesto de salud, una dolencia se trataba con agua de limón puro; para la varicela y el sarampión, el agua de arroz o de linaza eran la mejor opción. Y en el caso de un parto, a la mujer le daban agua de azufre para lidiar con el dolor.

Dos caras de la vida en el campo

Por Jesús Daniel Mercado Novoa

Estudiante de octavo semestre del programa de Economía.

Nacido el 4 de septiembre de 1998 en Ovejas (Sucre).

A través de los procesos demográficos y sociales que vivió mi familia, sobre todo aquellos de urbanización, migración, transición demográfica, acceso a la educación, equidad de género, entre otros, espero mostrar cómo ha evolucionado la sociedad colombiana. Para reconstruir esta breve historia de mi familia recurrí a entrevistas con mis abuelos, mis padres y tíos.

Mi abuelo materno, Julio Novoa, relata que sus padres, Estebana Villegas y Julio Segundo Novoa, siempre vivieron en la zona de los Montes de María, específicamente en Macayepo. Laboraban en fincas en las que se cultivaba aguacate y tabaco, a mediados del siglo XX. A nivel nacional, crecían las exportaciones de café y tabaco. Según recuerda, sus padres tuvieron 12 hijos: Antonio, Fidel, Luis, Rafael,

José, Manuel, Carmen, Candelaria, María, Rosa, Julio (mi abuelo) e Isabel. Todos ellos también se dedicaron a la agricultura desde que eran niños, pues ninguno asistió a la escuela.

Cuenta mi abuelo que no asistió al colegio porque se tenía la creencia de que “estudiar no servía para nada, pero trabajar sí”. Sin embargo, aprendió los números y a contar, pues a él y a sus hermanos varones los mandaban a vender y comprar en la vereda La Europa. Desde este lugar se facilitaba el transporte de los productos hasta el casco urbano del municipio (Ovejas, Sucre); era más rentable enviarlo a este municipio que al Carmen de Bolívar.

El transporte desde la finca, ubicada en Macayepo, hasta la carretera por donde se movilizaban algunos Jeeps, se hacía

“La electricidad en esos tiempos era sustituida por velas o mechones de gas. En casa de mis bisabuelos maternos no había televisor; la ‘sensación’ era un radio que funcionaba con baterías que había comprado mi abuelo”.

en burros y mulas. Los carros cargados podían transportarse normalmente en las épocas de poca lluvia, pero cuando llovía fuertemente las carreteras, que más bien parecían trochas, se volvían un lodazal “y no había santo que metiera la mano para sacar esos carros del barro”, dice mi abuelo.

Cuando esto sucedía, tenían que pedir ayuda a las fincas cercanas para que alquilaran o prestaran sus burros y mulas para llevar los productos hasta una zona que no estuviera tan mojada. Había que quitarle el peso al carro para que lograra salir del lodazal, luego volver a cargarlo y seguir el camino.

Más o menos a la edad de 18 años, los padres de mi abuelo compraron un terreno en la vereda La Europa y se trasladaron a vivir allí. En una de las negociaciones de compra y venta conoció a mi abuela, Nimia Ortiz, quien vivía en esa vereda con sus padres, Félix Ortiz y María Gutiérrez, ambos campesinos, quienes tuvieron 11 hijos: Antonio, Ismael, Francisco, Enrique, José, Mercedes, Nimia, Vicenta, Dolores, Adelina y Dina.

El caso de mi abuela no fue muy diferente del de mi abuelo: tampoco fue a la escuela, pero sí aprendió a contar y sacar cuentas, porque le ayudaba a su madre en la venta de yuca en el casco urbano del municipio.

Después de unos años de conocerse, Julio y Nimia se fueron a vivir juntos a la vereda. Los demás hermanos de mi abuela también se dedicaron a la agricultura. Ninguno se dedicó a la ganadería por completo, sin embargo, tenían algunas vacas para el consumo de leche de la familia. Entre sus hermanos, mi tío segundo Ismael Ortiz, además de ser agricultor es gaitero. Ha estado presente en la historia del reconocido Festival Nacional de Gaitas: Francisco Llirene desde su creación en 1985; este fue declarado patrimonio cultural e intangible de la nación en 2014 (*El Heraldo*, 2018). Ismael ha contribuido a esto con su escuela de formación en el municipio de Ovejas; no solo ha sido instructor, sino que también fabricaba instrumentos como la gaita, tambores y maracas. Sus hijos son instructores, dirigen la escuela y siguen contribuyendo al folclore de la región y la nación con su escuela y su grupo musical Los Gaiteros de Ovejas.

Mis abuelos Nimia y Julio se dedicaron a la agricultura y, en más baja proporción, a la cría y venta de animales domésticos para el consumo, como gallinas, pavos, cerdos, entre otros. Mi abuela era de tez morena, con rasgos indígenas zenúes, y mi abuelo de piel blanca, tanto así que le llaman “el Mono”. Tuvieron cinco hijos: Miguel, Graciela, Fredy, Julio y Mariela (mi madre).

Aunque a nivel agregado la población crecía en mayor proporción, a nivel desagregado se nota que las familias se fueron reduciendo en número de integrantes; es decir, el número de hijos empezó a ser cada vez menor. Sin embargo, la cobertura educativa seguía siendo limitada sobre todo para las familias de más bajos recursos.

En el caso de mi madre y sus hermanos, por ejemplo, cada uno de ellos asistió a la escuela hasta quinto de primaria; ninguno hizo bachillerato, pues todos decidieron dedicarse a las labores del campo. Además, las condiciones económicas del momento no les permitieron seguir con sus estudios.

La situación económica y el futuro educativo de mi madre y mis tíos se agravaron aún más debido a un terrible accidente que tuvo mi abuelo con un camión de transporte. Vendieron algunos de los animales que tenían para solventar parte de los gastos de operaciones y medicinas que él necesitó para su recuperación. Esto dejó a la familia sin recursos para enviar a los menores a la escuela. Desde entonces, los hermanos varones se dedicaron con mayor interés a la agricultura y las mujeres a los quehaceres de la casa. Mi madre, por su parte, también ayudaba a mi abuela a vender bollos y otros productos en el casco urbano.



Mi abuela materna, Mercedes Romero.

En cuanto a mi familia paterna, desde mis bisabuelos (Dominga Terán y José Romero, padres de mi abuela Mercedes; y Josefa Pomares y Guillermo Mercado, padres de mi abuelo Damián), la familia vivía en la zona rural-urbana de Ovejas, pero sus cultivos los tenían en corregimientos como Salitral y Flor del Monte. Cultivaban productos como ñame, yuca y maíz.

Mis bisabuelos por parte de mi abuela Mercedes tuvieron 11 hijos: Mercedes, César, Héctor, Luis, Reinaldo, Guillermo, William, Candelaria, María del Pilar (a quien de cariño se le dice “Santa”), María del Pilar (“La Negra”, como se le conocía) y Carmen. Mis bisabuelos por parte de mi abuelo Damián también tuvieron 11 hijos: Luis, Damián, Nellys, Cielo, María, Margarita, Eloína, Jaime, José, Guillermo y Héctor.

Los padres de mi abuelo Damián eran residentes de San Pedro (Sucre) y los de mi abuela, de Ovejas. Antes de que mis abuelos se conocieran, mi abuela conoció a un señor llamado Rodrigo Rodríguez, con quien tuvo su primera hija, Rubí Rodríguez Romero. Sin embargo, Rodrigo las abandonó. Pasados algunos años, mientras mi abuela vivía en casa de mi bisabuela con dos de sus hermanos

—mis bisabuelos también se habían separado por problemas familiares— conoció a mi abuelo en Ovejas. Luego de un año se fueron a vivir juntos en una de las fincas que tenían mis bisabuelos en Flor del Monte. Aunque estuvieron separados por un tiempo, pasados alrededor de ocho años mi abuela volvió con mi abuelo Damián, con quien tuvo cuatro hijos: mi padre José Rafael, Ludis, Wilfrido y Yanidis.

A diferencia de mis bisabuelos, mis abuelos sí se preocuparon por que sus hijos fueran a la escuela; como en efecto lo hicieron hasta cursar primero de bachillerato. Para entonces, mis abuelos tenían una relación conflictiva, lo cual llevó a que se separaran. Mi abuela quedó sola con sus hijos y no pudo seguir mandándolos al colegio. A partir de ese momento, mi padre, que era el hijo de la mitad, decidió trabajar para que sus hermanos Yanidis, Ludis y Wilfrido pudieran ir a la escuela, y de paso ayudar a mi abuela con los gastos del hogar.

Mi tía Rubí nació con problemas cognitivos, razón por la cual no fue al colegio y se dedicó a ayudar a mi abuela en los quehaceres del hogar. Luego de algunos años, mi tía Yanidis quedó embarazada y dio a luz a mi primo y hermano de crianza, Edgardo Peña; lastimosamente, mi tía murió cinco días después del parto; al parecer a causa de la eclampsia.

“Aunque a nivel agregado la población crecía en mayor proporción, a nivel desagregado se nota que las familias se fueron reduciendo en número de integrantes; es decir, el número de hijos empezó a ser cada vez menor”.

Mi padre, después de un tiempo, viajó a San Marcos, donde vendía boletas y hacía trabajos de albañilería. Tenía unos 14 años aproximadamente, e iba en ocasiones a casa de mi abuela a llevar parte de lo que ganaba. Luego de que su hermano menor, Wilfrido, terminó sus estudios de secundaria, mi padre decidió validar el bachillerato con el objetivo de viajar al interior del país con mi tío y buscar mejores oportunidades laborales. Se ubicó en Bogotá, donde trabajó durante dos años, y al volver al pueblo conoció a mi madre, Mariela del Carmen Novoa Ortiz, quien hasta ese entonces se dedicaba a labrar la tierra con mis abuelos y tíos.

En el municipio y sus zonas rurales, las redes eléctricas eran casi inexistentes, tampoco había redes de acueducto ni de alcantarillado. Mi madre recuerda que en su infancia solía ir con su hermana Graciela a buscar agua en burros a un lugar conocido como “La Estina”, donde había una especie de nacimiento de agua, y de allí recolectaban para lavar, cocinar, bañar a los animales y demás actividades. En lo que respecta a la electricidad, en esos tiempos era sustituida por velas o mechones de gas. En casa de mis bisabuelos maternos no había televisor; la “sensación” era un radio que funcionaba con baterías que había comprado mi abuelo.

Para esa época, mediados del siglo XX, Colombia aún era un país predominantemente rural, donde las personas se dedicaban en especial a labores de agricultura y ganadería. Igualmente había altas tasas de natalidad, y el acceso a la educación, sobre todo para las mujeres, comenzaba a incrementarse.

A finales del siglo XX e inicios del XXI, específicamente entre 1995 a 2002, la situación de violencia en el país se había agravado, y los Montes de María no era la excepción. En esta área había presencia guerrillera y, posteriormente, paramilitar. La familia fue víctima de esta situación: Héctor, el hermano de mi abuelo paterno, quien era conductor, fue asesinado. Aunque nunca se esclarecieron los hechos, mi padre cuenta que su vida, al parecer, fue arrebatada por miembros de grupos paramilitares al ser acusado de colaborar con la guerrilla por transportarles alimentos.

Mi padre regresó del interior del país, para tranquilidad de mi abuela, en 1997. Conoció a mi madre, con quien se fue a vivir a casa de mi abuela Mercedes durante su embarazo. En septiembre de 1998 nací yo. Un año y medio después mi padre compró un terreno cerca de la casa de mi abuela y construyó allí una

casa de bahareque con palma y piso de tierra. La casa no contaba con ningún tipo de servicio, sin embargo, luego de unos seis meses, según cuenta mi madre, los vecinos del lugar comenzaron a poner redes eléctricas ilegales.

Más tarde, la empresa encargada del suministro formalizó el servicio en todo el municipio.

Para sostener el hogar, mi padre comenzó a trabajar en el campo, cultivando maíz, yuca, ñame, ajonjolí, frijol, entre otros productos agrícolas, y a veces hacía de enfermero, dado que había estudiado un tecnólogo en esta área en el SENA; hasta ejerció como promotor de salud en uno de los corregimientos, pero se retiró por los problemas que se venían presentando en todo el municipio con los grupos al margen de la ley y los enfrentamientos, asesinatos selectivos y demás. Fueron episodios que estuvieron presentes durante gran parte de mi infancia y de la de mi hermana, que nació en 2004.

Por otra parte, mi tía Ludis se casó con quien es mi padrino, Carlos Blanco. Tuvieron dos hijas: Maura y Laura, y se instalaron en el municipio. Mi tío Wilfrido tuvo solo un hijo, Deivis, quien actualmente se encuentra con él en Tocancipá (Cundinamarca).

Todos mis primos por parte de padre terminaron el bachillerato y, a

excepción de Deivis, quien tiene una carrera técnica, todos tienen formación universitaria culminada. Mientras que ninguno de mis primos por parte de madre tiene título universitario, pero sí cuentan con títulos técnicos.

Haciendo un análisis general de la historia de mi familia, se puede notar a través de ella cómo han sido los diferentes procesos que reflejan el desarrollo del país, especialmente en aspectos como la demografía, acceso a la educación, urbanización y oportunidades educativas para las mujeres. Este último análisis lo quiero concentrar en lo que respecta a la demografía y acceso a la educación.

Puede observarse un cambio demográfico bastante notorio: mis bisabuelos, tanto por parte de madre como de padre, tuvieron todos más de ocho hijos en promedio; mientras que la generación de mis abuelos tuvo alrededor de cinco. Esto es explicable, tal vez, por el acceso a métodos anticonceptivos.

Por otra parte, quizá el aspecto más importante es el acceso a la educación. Desde la generación de mis abuelos hasta la de mis padres la diferencia es enorme. Esto puede verse en la forma de pensar que se tenía en la de mis bisabuelos de que “ir al colegio no importaba”. En la generación de mis

padres ya había una conciencia colectiva de que estudiar sí es necesario para mejorar las condiciones de vida.

Además, si se compara la generación de mis bisabuelos con mi generación, se observa claramente el gran avance en materia de cobertura, debido a que ellos no estudiaron ni siquiera los primeros cinco años de primaria, solo aprendían a leer o contar, mientras que mis primos y

yo tenemos la oportunidad de acceder a la universidad.

Aunque Colombia siga siendo considerado un país en vía de desarrollo, hay que exaltar el gran avance en materia social y económica que ha tenido en los últimos 80 o 100 años. También es evidente que se debe seguir mejorando, sobre todo, en los indicadores sociales.

El peso de la tradición

Por Laura Stefany Gutiérrez Pérez

Egresada del programa de Economía en marzo de 2020.

Nacida el 3 de junio de 1998 en Sincelejo (Sucre).

A principio del siglo XIX, las casas en Piedras Blancas, corregimiento de Sampués, eran amplias; algunas estaban hechas a base de ladrillo y cemento; otras con bahareque y excrementos de burro o vaca, que se usaba para mantener firme la estructura. Los techos eran de palma seca amarrada a listones gruesos de madera; las personas con más recursos usaban láminas de zinc. Lo que ahora llamamos baño, quedaba en el patio de la casa; no contaban con duchas, lavamanos ni alcantarillado; todo se reducía a un tanque de agua con una totuma para bañarse.

El agua era almacenada en tanques grandes cuando llovía, o recolectada de dos fuentes de agua natural (“lloraos”, en el argot popular): el Pozón Lejos y Arroyo Grande. El primero era un manantial y aproximadamente en los años 30 se le construyó un brocal para facilitar la recolección del agua; el segundo, que estaba ubicado justo

al frente del corregimiento de Piedras Blancas, era una piedra (peña) inclinada por la cual bajaba agua y se almacenaba al caer en unas albercas naturales. En 1905, el alcalde de Sampués ordenó construir una represa a la que llamó Pozo San José, que estaba ubicada en el casco urbano. Este le suministró agua al municipio durante 60 años, hasta que llegó el acueducto y se determinó su sellamiento.

Los patios eran amplios, no se les veía el límite (eso que el poeta cartagenero Rómulo Bustos llamaría “el traspatio”) o la frontera entre una finca y otra, lo cual hacía que la delimitación del terreno fuera difusa.

En estas “casas finca” encontrábamos cultivos de yuca, plátano, ñame, ají, entre otros. Además, terrenos dedicados a la ganadería, principalmente extensiva,

“La población de Piedras Blancas no era rica, pero tampoco era pobre, se autoabastecían de lo que necesitaban”.

en donde el ganado se deja al aire libre para que se alimente de los pastizales.

La población de Piedras Blancas no era rica, pero tampoco era pobre en el sentido estricto de la palabra. ¿Por qué? Basta analizar las condiciones del país a comienzos del siglo XX. Colombia no era un país rico, en general, la mayoría de su población era rural. Estas personas se autoabastecían de lo que necesitaban, ellos mismos sembraban y, los más pudientes, tenían personas que hacían el trabajo por ellos; normalmente alguien en la familia sabía coser y elaboraban su propia ropa. Sampués era un municipio que también se caracterizaba (y aún hoy) por sus artesanías, por lo que muchos de los utensilios de la época eran hechos a mano por los habitantes.

Estas artesanías empezaron a escalar y a desarrollarse como productos comerciales, a partir de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, principalmente el más popular, heredado de los ancestros zenúes: el trenzado en caña flecha. A partir de la década de 1960, Sampués (que pasó a pertenecer al departamento de Sucre una vez fue creado) entró en la dinámica de la popularización y expansión comercial del producto, que se usaba para el sombrero vueltiao; hoy prenda distintiva de la Costa Caribe. En este corregimiento, a principio del siglo pasado, nació y creció Ángela Arroyo.

ÁNGELA ARROYO

¿Quién no ha tenido un amor tormentoso pero que te hace soñar con alcanzar las estrellas? Eso era Teófilo Herrera para Ángela Arroyo Lidueña. La joven de 15 años se enamoró perdidamente de aquel ganadero, comerciante de joyas, mayor y adinerado que vivía en la casa finca ubicada en el cruce de la calle de arena, en Piedras Blancas.

La joven Ángela Arroyo tenía acostumbrado recorrer las fincas con otras jovencitas a pie descalzo, explorando en busca de frutos (principalmente patilla, que era muy común encontrar). Cuando llegaba a su casa, no solo llevaba en sus manos dichas frutas, sino también obsequios que le hacía el señor Herrera. Sus padres no pasaban por alto la situación, pues no estaban de acuerdo con dicha amistad y devolvían los regalos.

Una noche de agosto, Ángela no regresó a su casa después de salir a explorar. Al día siguiente, sus hermanos notaron su ausencia y preguntaron en la casa de sus otros familiares sobre el paradero de la joven. Finalmente, decidieron buscarla en la casa del señor Herrera. Y allí la encontraron. La joven fue sacada a la fuerza de aquella casa. Como castigo fue encerrada durante dos meses en su habitación.

¿Qué despertó en ella el interés por aquel hombre que, aunque ganadero y de la provincia, resultaba un desconocido? Nunca le había faltado nada en su casa. Sería, tal vez, el brillo de las joyas lo que generaba esa curiosidad en la joven, quien nunca había salido de su pueblo, esa posible conexión con lo inexplorado de lo urbano. Para Ángela, contar con tierras que se perdían a la vista no era suficiente.

Poco tiempo después se supo que estaba embarazada. Producto de aquel embarazo nació una niña a la que llamaron Alfa, y le dieron los apellidos de los padres de su madre y no los de su padre, como era costumbre.

Para las familias de la región era una deshonra que una de sus hijas quedara embarazada antes de casarse. Por el contrario, sí era bien visto un matrimonio entre una joven de catorce, quince o dieciséis años con un hombre de hasta cincuenta, y que al primer mes ya la mujer quedara embarazada, aunque no estuviera preparada psicológicamente para ser madre.

Siendo Alfa Arroyo una niña, Ángela se casó con un médico español, famoso en la región, llamado José Polo, que se había radicado en el municipio de Sampués. El hombre poseía una casa con las mismas características de las mencionadas anteriormente en el

corregimiento de Piedras Blancas y con gran espacio para una caballeriza. Este matrimonio, sin embargo, no fue producto del amor, sino parte de un arreglo con la familia de Ángela para lavar la deshonra que había significado para ellos el embarazo de la joven.

Este nuevo hogar quedó conformado por la pequeña Alfa, el médico José Polo y Ángela, quien, a pesar de no estar de acuerdo, no se opuso al matrimonio. Mientras José trabajaba, la joven se dedicaba a tareas del hogar y a seguir aprendiendo, de la mano de su madre, lo que correspondía a un matrimonio normal. De ese matrimonio resultaron siete hijos: cinco hombres y dos mujeres. Vivían en buenas condiciones (para la época), pues tenían ganado, fincas, depósitos abastecidos por los productos de estas, entre ellos: ñame, yuca, plátano, arroz, tomate, carne, queso, leche, huevo. De esto podemos deducir que tenían una buena dieta, pues consumían los carbohidratos, vegetales y proteínas necesarios.

Entre las dos familias lograron adquirir varias propiedades en Sampués, específicamente en Piedras Blancas. José se desplazaba con frecuencia a lugares cercanos para atender a sus pacientes, sobre todo en Sincelejo. Sin embargo, también atendía en su casa, por lo que aquel hogar era frecuentado por enfermos, así como por caballos, burros

o mulas, que eran el medio de transporte usual. Los carros eran utilizados por los verdaderos terratenientes que estaban en el casco urbano de Sampués.

Por su parte, el señor Teófilo Herrera se mudó a Cartagena, lugar donde tenía su joyería, para poder administrar mejor sus negocios. Allí se casó con una joven del lugar, con la cual tuvo cuatro hijos.

Alfa Arroyo creció y estudió la primaria completa en un colegio del municipio de Sampués. De sus medio hermanos, solo tres hicieron la primaria, por lo que el resto se quedó sin aprender a leer ni escribir. Gracias a los viajes del señor José Polo, los niños salían del pueblo a conocer, primero el casco urbano de Sampués, y más tarde el municipio de Sincelejo.

Además de los ocho hijos de Ángela Arroyo, su esposo adoptó a un niño que, con el tiempo, se convirtió en un joven que le generó muchos problemas a la familia. Lo acusaron de haber matado a alguien, y él aseguró que había sido el causante. Las personas allegadas al fallecido decidieron tomar venganza y mataron al médico José Polo. Paralelamente a estos sucesos, Ángela estaba embarazada por novena vez. Al enterarse del asesinato de su esposo, se lanzó del segundo piso de una casa. Los golpes ocasionados por la caída hicieron que abortara y le

dejaron heridas en el útero, un sangrado constante y secuelas por el resto de su vida.

Para ese entonces, con dieciséis años, Alfa Arroyo ya estaba casada, con Miguel Ángel Gutiérrez, un conductor de familia antioqueña radicado en Sincelejo. De ese matrimonio había nacido Mary Gutiérrez, quien tenía pocos meses de vida cuando sucedió la tragedia.

Los hijos del matrimonio Polo Arroyo eran demasiado jóvenes para asumir su posición de herederos y Ángela había quedado muy decaída. Desde aquella desgracia familiar empezaron a perder la mayoría de sus bienes. Los familiares del asesinado y otras personas que se aprovecharon de la situación, no contentos con otro muerto, empezaron a matar y robar el ganado, se apropiaron de los terrenos y saquearon los depósitos. La herencia familiar quedó reducida a dos casas en Piedras Blancas, ahora con menos terreno, deudas por pagar y una casa en Sincelejo.

No se conoce la fecha en la que murió Ángela Arroyo, pero se calcula que pudo ser aproximadamente en la década de 1960. Falleció de cáncer de útero, producto de las heridas del aborto, en Piedras Blancas (Sampués).

ALFA ARROYO

Alfa Arroyo heredó una casa en Sincelejo, ubicada en el barrio Argelia, y una finca en Sampués. Su madre se quedó viviendo en Piedras Blancas, con algunos de sus hijos. Adoptó a una de sus medio hermanas, María Polo, que sería su compañera de vida hasta los últimos días de su existencia. Cabe resaltar que para la época, cuando una mujer se casaba perdía su apellido materno, así que la cédula de la señora registraba: Alfa Arroyo de Gutiérrez.

Mientras Alfa realizó un curso de enfermería por correspondencia, que ofrecía una institución estadounidense, y empezó a dedicarse al comercio de joyas, viajando por Panamá, Cartagena y Maicao; María se dedicó a realizar las tareas del hogar que conformaba con su hermana. Por su parte, Miguel Ángel Gutiérrez Banquet, quien solo había alcanzado la educación primaria, se dedicaba a transportar pasajeros de un municipio a otro, y algunas veces hasta Medellín.

Miguel Ángel venía de una familia amante de los caballos y el ganado que había ido escalando en su actividad económica. Cuando era un adolescente, recuerda que hacía el mismo recorrido hasta Medellín arreando ganado vacuno



a pie y, a tramos, cabalgando. Su padre aprendió el oficio de peluquero, y finalmente se radicó en Sincelejo para montar una peluquería en el centro del municipio.

Como consecuencia de la conducción, la familia Gutiérrez Arroyo pudo contar con distintos vehículos, según lo que recuerda Reynaldo Gutiérrez (sexto hijo del matrimonio), de las siguientes referencias: el primer vehículo fue una “chiva”; el segundo un “Willis” (Jeep); el tercero, un Toyota, y el último, un Nissan.

(De izquierda a derecha) Reynaldo Gutiérrez Arroyo, en sus brazos, Laura Gutiérrez Pérez; Miguel Ángel Gutiérrez, Álvaro Gutiérrez Arroyo, Alfa Rosa Arroyo, Hugo Gutiérrez, Marino Angelone, en sus brazos, Michelina Angelone Gutiérrez.

La primera casa de la familia estaba ubicada en el barrio Argelia, de Sincelejo. Era de material (mampostería) y el techo era de láminas de zinc.

El baño estaba ubicado en el patio, y las necesidades fisiológicas iban a dar a una poza séptica de la zona. El agua era almacenada en tanques (aljibes) cuando llovía; también se obtenía de un pozo que quedaba ubicado en el conocido barrio Majagual, y del cual surgió un personaje muy famoso del municipio: el Loco Pío.

Del matrimonio Gutiérrez Arroyo nacieron siete niños, tres mujeres y cuatro hombres: Mary, Álvaro, Hugo, Nury, Pilar, Reynaldo y Germán. Reynaldo recuerda con nostalgia que en sus primeros años de vida nunca tuvo necesidades económicas. Su familia era de las pocas que tenía un vehículo para desplazarse y un televisor, cuya tecnología era a base de tubos al vacío con una estructura de madera. Recuerda las transmisiones especiales de las peleas de boxeo de Pambelé y el primer viaje a la Luna. Era también muy frecuente que realizaran viajes en el carro de su padre a Tolú y Coveñas para visitar las playas.

Con el tiempo, los hijos mayores, Mary y Álvaro, se mudaron a Medellín. La primera porque se había casado con un hombre de la ciudad, y el segundo se fue buscando mejores oportunidades de

estudio y de trabajo. Inició la carrera de aviación, pero nunca la terminó.

A medida que la familia avanzaba, Alfa Arroyo, que veía el crecimiento de Sincelejo, decidió mudarse al barrio Alfonso López, por lo cual vendió su propiedad en Argelia y una finca en Sampués. Adquirió una casa que contaba con el servicio de gas, pero no por tubería sino por cilindro. Los niños estudiaban en un famoso colegio público del municipio llamado Simón Araújo.

Con el tiempo, la situación económica de la familia se fue estancando. Los negocios no prosperaron, y Miguel Gutiérrez decidió tener un hogar en otras faldas. Cuando esta situación crítica se agudizó, los niños empezaron a desplazarse al colegio a pie, lo que les tomaba hasta media hora de camino. Recuerdan que la educación se les hacía a ratos tormentosa, puesto que los castigos por incumplir algún deber incluían golpes con una regla, y estando en casa los ubicaban en un rincón arrodillados frente a una imagen de un cristo crucificado.

Estas situaciones tuvieron lugar, más o menos, entre las décadas de 1970 y 1980. La alimentación en la casa bajó de calidad: pasaron de comer yuca, ñame, queso, café con leche (que se vendía embotellado), Kola Román (que antes

era una bebida muy roja y espesa) o conejo, a comer una arepa de harina de maíz en el desayuno con un pocillo de tinto. A pesar de esto, Reynaldo relata que en su familia se enfermaban muy poco, por lo que no eran frecuentes las visitas al médico.

Posteriormente, con el progreso que hacían los hijos menores en el colegio y de los que ya se habían separado del hogar, todos pudieron finalizar su bachillerato académico y hacer cursos en el SENA. Esta institución fue creada en 1957 bajo la Junta Militar de Gobierno, tras la salida de Gustavo Rojas Pinilla.

Por malas decisiones de la familia, Alfa Arroyo terminó vendiendo todas sus propiedades, y el dinero desapareció, por lo que quedó sin un techo. Después de esto pasó a vivir con su hija Pilar, quien estaba casada con un italiano de apellido Angelone.

REYNALDO GUTIÉRREZ

Reynaldo Gutiérrez viajó a Medellín para terminar su bachillerato (específicamente el grado 11), amparado por su hermana Mary. Llegó en una época en la que estaba en auge el narcotráfico, con la figura de Pablo Escobar resonando por todo el país. Sin embargo, una vez terminado ese año escolar regresó a Sincelejo.

De vuelta en el municipio, realizó estudios técnicos en Electrónica, Electricidad y Calderas en el SENA. Las clases eran presenciales, pero no intensivas, puesto que la sede principal estaba ubicada en Cartagena y los profesores solamente podían desplazarse los fines de semana para enseñar.

Al finalizar estos cursos prestó el servicio militar como técnico electricista en la Armada Nacional. Allí trabajó aproximadamente siete años, pero por diferencias con sus superiores renunció y decidió emprender su propio negocio.

Una tarde, de camino al gimnasio, conoció a la joven Yasmín Pérez, quien se encontraba barriendo la terraza de su casa en el barrio Majagual. Para ese entonces las casas de los barrios populares del municipio estaban hechas a base de ladrillos, cemento, el piso de baldosa y el techo de láminas de *Eternit* sostenidas por listones de madera.

Yasmín había alcanzado el grado de bachiller en el colegio Antonio Lenis y trabajaba como impulsadora en un supermercado. Fue adoptada por la familia Pérez, parientes lejanos de su madre, quienes la criaron como a una hija más.

No hubo matrimonio entre Yasmín y Reynaldo, solamente la decisión de conformar juntos un hogar. Su primera

casa estaba ubicada en el barrio Mochila, donde Reynaldo tenía su negocio de reparación de objetos electrónicos, en especial teléfonos. La casa contaba con todos los servicios básicos y un patio amplio. Ahí nacieron los dos hijos de su unión: Laura y Ronald.

Posteriormente se mudaron a una casa del barrio Alfonso López, donde vivían en arriendo, al igual que en la anterior. Era una casa más pequeña que contaba con todos los servicios básicos.

50 En 2008, decidieron mudarse a una casa que construyeron, poco a poco, en el barrio Ciudadela Suiza, etapa 2. En un principio el barrio contaba con solo cinco casas, que se encontraban alejadas entre sí. No había calles pavimentadas ni de arena, solamente un camino, a pesar de que era un barrio que conectaba con el centro y con el barrio popular Mochila. Tampoco contaban con luz eléctrica ni alumbrado público; la energía se obtenía de forma ilegal, proveniente del barrio cercano a la etapa 1. Lo mismo sucedía con el servicio de agua. Las pocas casas existentes para la época estaban conectadas a un llamado tubo “madre”, del cual obtenían el agua. El alcantarillado era puesto por cada casa, a otro tubo mayor del barrio vecino, por lo que tampoco se contaba con dicho servicio. El servicio de gas era con cilindros, no había tuberías.

Con el tiempo, los habitantes del barrio fueron abriendo la primera calle, a punta de pala y machete, para conectar con la calle principal. Hoy, pasados diez años, la calle sigue siendo de arena, a pesar de que el barrio se encuentra mucho más poblado. Desde 2012, existe energía eléctrica en las casas y alumbrado público en el barrio, y en ese mismo año se instaló el servicio de gas. En 2014, llegó el servicio de agua; el de alcantarillado, hasta el día de hoy, no está instalado.

En cuanto a la alimentación de los miembros del hogar, esta era similar a la de un habitante promedio del municipio y que puede conseguirse en tiendas, el mercado público o los supermercados: yuca, ñame, plátano, carne, pollo, huevo, vegetales de todo tipo, frutas, arroz, queso, suero. Cabe resaltar que la familia tuvo siembras de yuca en el patio de la casa y en terrenos aledaños cuando el barrio no estaba urbanizado y los derechos de propiedad del resto de lotes no estaban bien definidos, por lo que se autoabastecían del producto sin necesidad de comprarlo.

Los hijos lograron estudiar el kínder y la primaria en colegios privados: Garabatos y Liceo Panamericanito, respectivamente. El bachillerato lo realizaron en el colegio Antonio Lenis, donde había estudiado su madre, que quedaba en un barrio cercano. Allí

ambos se graduaron (Laura en 2015 y Ronald en 2017) y obtuvieron becas para estudiar su carrera universitaria gracias al programa Ser Pilo Paga que, bajo la presidencia de Juan Manuel Santos, buscaba otorgar créditos condonables mediante el Icetex a los 10 000 jóvenes que tuvieran los mejores puntajes en las pruebas Saber, y que contaran con un bajo puntaje en el Sisbén (<45). Actualmente Ronald estudia en la Universidad del Norte, en Barranquilla (Atlántico), mientras que Laura es egresada del programa de Economía.

Un dato adicional, importante a la hora de analizar la historia de la familia, es cómo fue cambiando la actividad económica a medida que el padre se fue educando. Estando los hijos aún en el colegio, Reynaldo decidió estudiar su carrera profesional de Administración Pública en la ESAP, institución que había llegado a Sincelejo y que ofrecía educación semipresencial, puesto que solo se dictaban clases los fines de semana en las instalaciones del SENA.

Los recursos para financiar la carrera provinieron de préstamos familiares, y becas semestrales que se otorgaban por mejor promedio. En 2014, Reynaldo se graduó como administrador público y decidió emprender una fundación, que llamó FEDIS, con la cual pretendía dictar cursos de Inglés, Electrónica y Electricidad. El idioma lo había estado

“Con el tiempo, los habitantes del barrio fueron abriendo la primera calle, a punta de pala y machete, para conectar con la calle principal. Hoy, pasados diez años, la calle sigue siendo de arena, a pesar de que el barrio se encuentra mucho más poblado”.

aprendiendo desde su juventud de forma didáctica, y en su adultez, adquirió un curso de inglés conversacional que le ayudó a fortalecer su dominio.

Posteriormente, en 2018, la familia crea la editorial Ozono, que pasó a ser la actividad principal bajo la cual trabaja todo el núcleo familiar, a la cabeza de Reynaldo Gutiérrez. En la actualidad, entre los hijos de Reynaldo y los primos, once son profesionales, dos están estudiando carreras profesionales, seis están en el colegio y cinco son bachilleres.

Contrastes de la ruralidad

Por Miguel Ángel Caycedo Pedrozo

Estudiante de séptimo semestre del programa de Economía.

Nacido el 29 de julio de 1997 en Pelaya (Cesar).

La historia de mi familia se desarrolla, principalmente, en el sur del Cesar, Bolívar y Magdalena. La documentación sobre los hechos que narro es escasa, hasta el punto que sobre la ascendencia de mi abuelo Sixto Caycedo Chávez no encontré ninguna referencia, ni ninguno de los miembros de la familia que lo conoció en vida tiene información acerca de quiénes eran sus padres, pues él nunca habló de ellos. Testimonios entregados por sus hijos coinciden en que sus padres murieron cuando él era un niño, por lo que le tocó valerse por sí mismo, a través de labores del campo, como cultivos de yuca, ñame o la ganadería.

Poco a poco fue acumulando riquezas por medio de la adquisición de propiedades, con lo cual logró una posición destacada en el caserío de Santa Teresa, lugar donde nació y creció. Medía 1,70 metros, era de tez trigueña y de rasgos europeos mezclados con indígenas.

A pesar de que Caycedo no había realizado estudios, solo aprendió a leer y a escribir, y a realizar operaciones básicas de matemáticas, adquirió cada día nuevos conocimientos, sobre la marcha, y con la ayuda de la “chispa” que se debe tener para sobrevivir pudo salir adelante. Fue una persona de gran influencia social y política.

Activista del Partido Liberal, llegó a ocupar cargos públicos como inspector de policía en el corregimiento de Costilla, población a la que llegó en la década de 1950, ya estando casado con Miguelina Oviedo Ravelo. La razón de su desplazamiento se debió a la creciente del río Magdalena, que arrasó con la población de San Antonio (Bolívar), donde se encontraba viviendo.

En Costilla compró una casa para vivir con su mujer, con quien tuvo ocho hijos, de los cuales Wilfredy falleció a la edad de ocho años a causa de una recaída por un parásito. Esto sucedió iniciando los 60, cuando eran evidentes las precarias

“La economía de la familia se basaba en la producción de una pequeña finca ganadera, que era propiedad de mi abuelo. Los ingresos se incrementaron cuando adquirió una especie de *pickup*, llamado El Gran Boga, que utilizaba ubicándolo en fiestas por las cuales recibía remuneración económica”.

condiciones de salud que afectaban la vida de niños o jóvenes.

Mi abuelo Sixto Caycedo se instaló con su familia en Costilla, que entonces era muy pequeña, pues apenas empezaba a poblarse. Fue una de las personas que ayudó al crecimiento poblacional de lo que hoy es un corregimiento de Pelaya (Cesar). Para la época, las casas en las que vivían eran en su mayoría de bahareque y con techos de palma. Solo algunas pocas, como la de la familia Caycedo, eran de ladrillo. Se dormía en esteras o hamacas, y el piso era en su mayoría de tierra.

La economía de la familia se basaba en la producción de una pequeña finca ganadera, que era propiedad de mi abuelo. Los ingresos se incrementaron cuando adquirió una especie de *pickup*, llamado El Gran Boga, que utilizaba ubicándolo en fiestas por las cuales recibía remuneración económica, y con la compra y venta de carbón que realizaba en la región, negocio lucrativo, pues ahorra costos de transporte al mover el carbón en un camión que obtuvo como fruto de sus ahorros. Así mantuvo a su familia y pudo otorgar ciertos privilegios a sus hijos, que estaban por encima del promedio de una familia en la zona; por ejemplo, buen vestido y buena educación.

En el pueblo y los pueblos vecinos sus labores como inspector y líder social le dieron cierto reconocimiento a él y a la familia. También hizo aportes importantes, como contribuir a la creación de puestos de salud y colegios.

La esposa de Sixto, mi abuela, hoy tiene 89 años y es quien más información me suministró para escribir este ensayo. Nació el 24 de marzo de 1930, en San Antonio, y cuenta que ha tenido “una buena vida, a pesar de no ser la mejor vida”. Pudo estudiar hasta cuarto de primaria, y dice que ahí aprendió lo elemental para la vida, pero que en su casa recibió otro tipo de educación, la de aprender las habilidades que su madre tenía, para luego volverlas una tradición familiar. Es así como en su matrimonio se dedicaba a las labores del hogar, bordaba, cosía y preparaba platos típicos y tradicionales de toda la región para la venta y consumo familiar, como bollos de mazorca, de plátano, de yuca, brazos de reina, cocadas y dulce de coco. Este también era un ingreso para la familia.

LOS ORÍGENES DE MI ABUELA MIGUELINA

Por el lado de la familia Ravelo, Asunción, madre de Miguelina, era oriunda de Lebrija (Santander). Nació a comienzos del siglo XX. Tenía marcados rasgos indígenas —de hecho, era descendiente de una tribu de la

zona—, era de baja estatura, tez morena, ojos pequeños, pelo liso y largo. Sus estudios se limitaban a saber leer y escribir (que era una tendencia en todo el árbol genealógico de mi familia), y supo desarrollar buenas habilidades en la cocina, así como en la costura y el bordado, y en la cría de animales domésticos que le servían de alimento.

El padre de mi abuela paterna, Miguel Ángel Oviedo, nacido en San Antonio (Bolívar), a finales del siglo XIX, más exactamente en 1896, era alto y sobrepasaba los 1,80 metros de estatura. Hacía viajes a Barrancabermeja (Santander) a comprar elementos para su trabajo como ebanista, que fue lo que aprendió para su subsistencia: la construcción de canoas, escaparates, puertas, ventanas, cajones y otros productos a base de madera. La producción de canoas era mayoritaria, por su alta demanda y buenos réditos, gracias a que estaban localizados en la ribera del río.

En uno de sus viajes conoció a la que sería su esposa, Asunción Ravelo, con quien tuvo siete hijos. Para la época, las opciones de educación eran muy escasas en estas poblaciones ribereñas, que quedaban muy rezagadas del resto del país. La formación que recibían se la brindaban sus padres, algún familiar o alguna persona en el pueblo que tuviera la vocación pedagógica y las habilidades



(De izquierda a derecha) Manuel Isabel Oviedo Ravelo, María Asunción Ravelo Sereno y Miguel Ángel Oviedo Ravelo. Los dos hombres son hermanos de mi abuela, Miguelina Oviedo Ravelo, y la señora que está sentada es la mamá de ellos. Foto tomada en San Antonio (Bolívar) a mediados de la década de 1940. Al fondo se encuentra la casa familiar donde se aprecia la fachada de bahareque con una pintura publicitaria del medicamento El Mejoral.

para hacerlo, sin embargo, esta era bastante deficiente.

Las condiciones de salud eran también muy precarias: había muchas enfermedades que causaban la muerte e impedían el desarrollo de una vida plena, con el agravante de la falta de

inversión y apoyo por parte del Estado. Las viviendas eran en su mayoría de bahareque y techo de palma, con el piso de tierra, sin energía eléctrica (esta fue instalada a comienzos de 1990), y ante la inexistencia de agua potable, la fuente principal era el río Magdalena, sin ningún tipo de tratamiento. La familia muy poco se desplazaba de su lugar de vivienda; el transporte era muy precario y en muchos casos inseguro. Cuando lo hacían, el medio más usado eran las pequeñas embarcaciones que circulaban por el río.

Los abuelos se casaron por la iglesia católica, insistencia de la familia de mi abuela, y fue así como llevaron una vida muy creyente en Dios. Con condiciones económicas en mejoría, los hijos pudieron cursar sus estudios de bachillerato, e incluso profesionales, en Aguachica, Barranquilla y Barrancabermeja.

El sexto hijo, mi padre, Miguel Ángel Caycedo Oviedo (mismo nombre del papá de su mamá, que posteriormente también me sería dado), nació el 16 de marzo de 1963 en Costilla. Cuenta mi abuela que nació en vísperas de las fiestas de san José, mientras Sixto Caycedo se encontraba en un “toque” con El Gran Boga en otra población, en donde hacían bailes populares en honor al santo. A mi abuela le tocó

parir a su hijo en la sala de su casa, acostada en una estera y asistida por una partera (era la misma que asistía los nacimientos de todo el pueblo; una evidencia más de las condiciones de salud de la población).

A la edad de 14 años mi papá fue enviado a estudiar a Barrancabermeja. Su colegio tenía énfasis en administración y secretariado, así que cuando finalizó sus estudios en 1983 empezó a trabajar como secretario en una empresa ganadera, y guiado por los ideales de su padre, ejerció la política y ocupó cargos públicos en Pelaya (Cesar).

LOS PEDROZO CANTILLO

Para continuar en orden genealógico con la historia de mi familia, ahora me dedicaré a la ascendencia de mi mamá, pero advirtiéndole que la información que pude recopilar es muy escasa y limitada. Si bien del lado de mi familia paterna tal vez hubo una mejor economía familiar, a pesar de la precariedad del mundo rural, la educación y la salud, la historia de la familia de mi madre fue menos próspera.

José Santos Pedrozo, mi bisabuelo, nació en la población de San Fernando (Bolívar), ubicada en el centro-sur del departamento y que hace parte de los brazos de Mompo. Él fue un campesino agricultor con marcados rasgos europeos, más exactamente españoles:

alto, ojos verdes y tez blanca. No tuvo educación formal, pero aprendió las operaciones matemáticas básicas.

Teodora Cantillo, quien hoy tiene 93 años, de tez blanca, pelo liso, ojos azules, se casó con él y entre los dos forjaron la economía familiar de su naciente familia. Mientras José no tuvo educación formal, pero se defendía con operaciones matemáticas básicas, ella sabía coser y cocinar comidas típicas de la región, que incluso vendía para aportar a los ingresos del hogar, establecido en Margarita (Bolívar). De su matrimonio nació, el 10 de noviembre de 1942, mi abuelo Arturo Pedrozo Cantillo, quien tiene las mismas características físicas de sus padres: es alto, mide 1,80 metros.

Para mi abuelo, el acceso y calidad de la educación fueron precarios, repitiendo la historia familiar, el trabajo en el campo fue su principal actividad desde niño, junto a sus doce hermanos, como una forma de sostener la economía de la familia.

Mi abuelo se casó con Rosalba Galezo Montenegro, morena, de unos 1,50 y pelo crespo, nacida el 11 de octubre de 1942, hija de Ana Montenegro y criada por su padrastro Gonzalo Cerpa; ya que su padre biológico se separó de su madre. Este matrimonio, que vivía en una parcela en jurisdicción del corregimiento de Sandoval, en

“Para la época, las opciones de educación eran muy escasas en estas poblaciones ribereñas, que quedaban muy rezagadas del resto del país. La formación que recibían se la brindaban sus padres, algún familiar o alguna persona en el pueblo”.

Margarita, tuvo 17 hijos en total, y también se vio golpeado por las carencias en salud. Cuatro hijos murieron aún siendo niños o bebés: uno durante el parto, otro a los pocos días de nacido, dos por enfermedades virales, y una joven de 15 años que murió por un tumor en el cerebro que le ocasionaba fuertes dolores de cabeza.

La mayor de las hijas de este matrimonio, Ana Regina Pedrozo Galezo, nacida el 9 de octubre de 1969 en el corregimiento de Sandoval, realizó

sus estudios de básica primaria, y por su personalidad tranquila, religiosa y colaboradora se destacó ante su tío (hermano de su abuela Teodora, el señor Santos Cantillo, casado con Ana Clara Jiménez), quien quiso llevarla con ellos a vivir en su casa, para que pudiera seguir estudiando y tener más oportunidades. Ana Regina, que entonces vivía en Costilla (Cesar), acompañaría a la familia, y allí conocería a Miguel, con quien contrajo matrimonio en 1987.

De la unión entre Miguel Ángel Caycedo y Ana Regina Pedrozo Galezo nació en 1990 el primero de sus cuatro hijos. Para la época, Miguel trabajaba como secretario en La Loma, una hacienda ganadera que generaba empleo en la zona, y posteriormente fue concejal del municipio de Pelaya en dos periodos. Por su parte, Ana Regina trabajaba como madre comunitaria vinculada al ICBF, atendiendo a niños entre 1 y 5 años; labor que aún realiza hoy en día.

Los 4 hijos de este matrimonio estudiaron en un colegio semiprivado de Pelaya; el mayor cursó estudios de pregrado en la Universidad Popular del Cesar, al igual que la hija mayor; el tercero, yo, realiza estudios de Economía en la Universidad del Norte, en Barranquilla, y el menor cursa estudios transitoriamente en el SENA, en Aguachica, para luego estudiar una carrera profesional en una universidad.

Actos de valentía

Por María Daniela Charri Campo

Egresada del programa de Economía en marzo de 2020.

Nacida el 16 de noviembre de 1998 en Valledupar (Cesar).

La vida de mi familia materna, como la de muchas otras familias en El Paso (Cesar), fue y sigue siendo una lucha continua por la supervivencia. Antes de seguir, destaco que los cambios en la estructura económica que históricamente se esbozan para una nación en su generalidad, a veces son percibidos por pequeñas poblaciones, como la de El Paso, donde las economías son de subsistencia y las personas no se dan cuenta de vivirlos.

Aunque cada hogar contaba al menos con una vaca y dedicaba el transcurso del día a la pesca (actividad que posteriormente se potencializó), se encontraban aislados de los cascos urbanos y su principal medio de transporte eran las canoas, los burros, y otros animales que no soportaban cargas pesadas, como pollinos y bueyes.

El Paso debe su nombre a su origen como punto estratégico para la compra

y venta de ganado y esclavos negros. Es un pueblo de origen netamente ganadero y pesquero, pero desde hace más de 30 años su economía se basa en la explotación carbonífera, lo que ha mermado en aproximadamente un 70 % la pesca y en un 50 % la ganadería, porque la comunidad, en este momento, solo gira en torno al carbón. Sin embargo, el uso no responsable de los recursos ambientales ha generado un deterioro de la fuente hídrica del municipio.

En este lugar, la gente moría con frecuencia por causa de enfermedades, pues no habían médicos y las recetas eran a base de plantas medicinales que conservaban un legado, principalmente, en mujeres; sin saber ellas que esta sería su mayor aproximación a algún tipo de educación. Quienes estudiaban solo terminaban con dificultad la primaria, y quienes cursaban la secundaria eran personas con ingresos sobresalientes

“Mis padres fueron casos anómalos, pudieron establecerse mejor económicamente debido a un acto de valentía, de atreverse a tomar decisiones diferentes de las que dictaba la sociedad”.

en el pueblo, pues debían partir hacia la ruta urbana más cercana: Mompo, Bolívar.

Juana Bautista Manjarrés Ospino, mi abuela, tiene una conciencia de sí muy aguda, y hasta dolorosa. Hace analogías constantes entre su vida y la de un burro sin dueño, queriendo explicar lo duras que han sido sus experiencias. A poco tiempo de nacida, su padre, Julián Amado Manjarrés Blanco (un hombre alto, moreno claro y con profundas aspiraciones de ser propietario de una finca) murió prestando el servicio militar a sus 22 años, luego de ser trasladado a Bogotá. Según el informe médico, la causa específica de su muerte fue gangrena. Juana narra con melancolía que era 29 de julio de 1939, bajo el mandato de Eduardo Santos.

La mamá de Juana era alta, de labios gruesos, blanca, amigable y se desempeñaba como ama de casa. Aún tocada por la juventud, al morir el padre de su hija decidió vivir con Víctor Campo, quien trabajaba construyendo las tradicionales casas de bahareque que imperaban en la zona. De esa unión nacieron cinco hijos: Aminta Elena, Vita Isabel (q.e.p.d.), Víctor Julio, Rafael Enrique y Pedro Julio (muerto a temprana edad). En vista de este nuevo núcleo familiar, Juana prefirió quedar en compañía de Martina Blanco Maestre, su abuela paterna. Martina era una mujer

de aproximadamente 1,67 m de estatura, trabajadora y madre soltera que había sostenido una relación clandestina con José Dolores Manjarrés Ospino, de la que nacieron tres hombres y dos mujeres.

Martina le dejó de herencia a su nieta su oficio, el cual consistía en pilar, hacer bollos, chichas y pasteles. Murió de viruela el 5 de abril de 1973; enfermedad muy común y de la que Juana Bautista no estuvo exenta, pero logró salvarse. Con tristeza recuerda el rechazo social que tuvo que soportar, pues el olor que emanaba su cuerpo era desagradable, y la gente evitaba el contacto con ella, como si se tratara de lepra.

Al ser un pueblo muy pequeño, los cambios se notaban con facilidad en toda la comunidad; tal fue el caso de la llegada de Jaime Alarcón, un doctor que trató a Juana y la ayudó a mejorar.

Juana Bautista ya se conocía con Enrique del Carmen Campo Blanco, quien sería el padre de sus 13 hijos (de los cuales tres murieron por falta de una incubadora). De Enrique heredaron ciertos rasgos africanos en la familia Campo Manjarrés, específicamente de la tribu mandinga, tribu caníbal de África, preferida por los colonizadores españoles debido a su estatura, corpulencia y la fuerza de sus hombres.

Se dice que la mayoría de la población cesarense, incluyendo distintivamente a El Paso, El Vallito, El Perro, El Burro, Los Venaos, tienen herencia mandinga; los hombres poseen una estatura por encima de 1,75 m y calzan entre tallas 42 y 45.

Mi abuelo, alto, negro, tenía distintos oficios, desde pescador, guardarraya, hasta cajero de una de las figuras más emblemáticas del pueblo: Alejandro Durán, cantante y acordeonero que destacó en la música vallenata. Solía hacer composiciones y décimas muy a menudo, haciendo uso de la improvisación, pese a que era analfabeta. A pesar de tener 13 hijos, el amor entre ambos nunca afloró, confiesa Juana. Ella con su pesimismo y Enrique con su jolgorio, como muchas parejas de la época, solo dedicaron tiempo a la mera reproducción.

Mientras Enrique del Carmen se la pasaba de juerga, Juana dedicaba sus días a lavar ropa en el río Ariguani, enfrentando uno de sus mayores miedos, las aguas profundas. Así transcurrió la vida hasta el incendio.

Ese día, mientras lavaba, le avisaron que las llamas consumían su hogar. Sin importar la fobia que tenía por el agua, se embarcó en una lancha y

atravesó el río; no obstante, lo único que encontró fue su casa hecha cenizas. Todo estaba perdido.

Tuvo que comenzar de nuevo, aunque, como dice ella, no era mucho lo que tenía: unas cuatro vacas de la herencia mal repartida de su padre y manos para trabajar. Es así como Juana aprecia la desgracia o suerte de la vida, y como identifica la decadencia de una relación amorosa que dio origen a Isabel Cristina Campo Manjarrés, mi madre.

Isabel, la quinta de los 13 hijos, solo tiene memoria de su infancia a partir de aquel desafortunado evento. Con tan solo cuatro años, vio cómo su familia fue golpeada por el rigor de la vida; se recuerda llorando su único par de zapatos, los que su madre le impedía usar con la intención de conservarlos en el mejor estado. Desde entonces, tuvieron que cohabitar con sus familiares. El pueblo fue solidario momentáneamente, pues otros problemas ocuparon sus mentes más tarde. Sin embargo, con el temple de Juana y la constancia de Enrique esta familia labró un nuevo camino. La matrona hacía panochas, galletas, cocadas y bollos de mazorca, mientras que mi abuelo realizaba labores del campo cultivando patilla, yuca y maíz. Los niños tuvieron que trabajar; tenían a cargo vender lo que sus padres producían.

Quizá fue cuestión genética o, una vez más, efecto del entorno, lo que llevó a Isabel, mi madre, a desarrollar habilidades mercantiles. Era conocida en la familia y en el pueblo como una de las vendedoras más aventajadas; condición que le permitió relacionarse con personas que necesitaban algún servicio, pero sin pago alguno. Era costumbre en este lugar intercambiar niños para ayudar a alguna persona del pueblo, fuera familiar o no, en labores como pesca, venta de productos, mandados, oficios, acompañamiento o cualquier servicio que el otro necesitara.

Mi madre ingresó en el colegio a los siete años, como la mayoría de los niños de El Paso. A diferencia de ellos, tuvo la oportunidad de viajar a Valledupar en compañía de su abuela materna y su tía Aminta, de 30 años. Esta última medía aproximadamente 170 cm de estatura, era madre soltera de dos hijas y se dedicaba a labores domésticas en la capital del Cesar.

En la ciudad, Isabel tomó la decisión de seguir estudiando y trabajar para su sustento. Aprendió a tejer mientras cursaba quinto de primaria en la escuela Alberto Erazo Palmera del barrio Dangond. Posteriormente, ingresó en el colegio de educación media femenina Prudencia Daza, donde estudió hasta noveno grado. Luego, se matriculó en el SENA para estudiar Secretariado



Reunión de la familia Campo Manjarrés.

General, mientras terminaba el bachillerato en jornada nocturna. Gracias a este curso teórico-práctico adquirió habilidades mecanográficas, destreza para tomar dictados en taquigrafía, y manejo del télex. Esto le significó un patrocinio del Instituto de Mercadeo Agropecuario (Idema), en el que se desempeñó como secretaria de gerencia.

Un año después, y tras varios intentos fallidos en Bogotá, se incorporó a la Universidad Popular del Cesar en una de las tres carreras entonces disponibles:

Administración de Empresas. En 1989, luego de quedar sin trabajo y en un acto de valentía, montó su primer negocio. Para ese entonces, Isabel ya estaba casada con Richar Charri; matrimonio del que nacieron cuatro niños: Ricardo José, Andrés David, Alicia Cristina y yo, María Daniela.

LA FAMILIA CHARRI

Richar llevaba un ritmo de vida completamente diferente. Por parte de padre, era bisnieto de Rosario Vergara y José Dolores Charris, nieto de Andrea Charris Vergara y Rafael Barrios Acuña e hijo de Braulio Charris Barrios de 165 cm de estatura. Por el lado de su madre, era bisnieto de Vicenta Díaz y Baldomero Maestre, nieto de Carmen Maestre Díaz y Sebastián Villazón Mestre, e hijo de Alicia Delfina Villazón, de 154 cm de estatura.

Mi abuelo Braulio tuvo una vida dinámica y digna de ser contada. Solo estudió hasta cuarto de primaria, pero siempre estuvo inspirado en la imagen de su padre, alcalde del municipio de Remolino (Magdalena), y es a él a quien atribuye el profundo amor que profesa por su pueblo. Remolino era un pueblo eminentemente algodónero y próspero. Sin embargo, Braulio tuvo que salir para prestar el servicio militar, y allí emprendió su travesía: al destacarse entre sus compañeros fue seleccionado

como soldado de la guardia presidencial en el periodo en que murió Jorge Eliécer Gaitán. Después estuvo en la Policía y fue inspector en San Diego (Cesar) y Fonseca. Sus hijos atribuyen su fuerte carácter a esos menesteres. También trabajó en la zona de la carretera de Valledupar, y se conoció con quien sigue llamando “el amor de su vida”, Alicia Villazón, con quien tuvo cinco hijos: Rosmery, Hoffman, Ismaila, Wilder James y Richar.

Alicia no heredó el legado doméstico de las mujeres de su familia; ejerció los roles sociales que históricamente le habían impedido a la mujer: pudo estudiar hasta segundo de bachillerato, fue enfermera, secretaria y modista en tiempos libres. Mucho le fue dado y, en consecuencia, se esperaba mucho de ella. Pero mi abuela murió de tétano con aproximadamente 24 años, en agosto de 1961, con lo cual se apagaron las esperanzas de sus seres cercanos y el corazón de mi abuelo. Él se encontraba en su finca, Villa Ismaila —de más de 200 hectáreas de extensión, donde tenía siembra de yuca, plátano y maíz—, cuando se enteró de la noticia; nunca más volvió al lugar, por causa de la decepción. Después allí se asentaron grupos guerrilleros, como acostumbraban para la época en la zona de Mariangola (Cesar).

“Alicia no heredó el legado doméstico de las mujeres de su familia; ejerció los roles sociales que históricamente le habían impedido a la mujer”.

A causa de ese mismo sentimiento, mi abuelo viajó rumbo a Barranquilla. Como era técnico en batería de buques, empezó a trabajar como baterista del terminal de la ciudad. Mientras tanto, cada uno de sus hijos tuvo que quedarse con un familiar. Rosmery, Ismaila y Richar se quedaron con su abuela materna, Carmen; Hoffman se quedó

con Manuela Maestre e Israel Fuentes; Wilder se quedó con Francisca Maestre y Juan López. Todos habían nacido en Valledupar, en un periodo en el que las casas eran de bahareque, no había luz, las calles estaban sin pavimentar y la ciudad era prácticamente un caserío. Allí, el estilo de vida era alegre y despreocupado, fiestas, romances, y matrimonios entre vecinos. Algunos tenían fincas, otros se dedicaban a la pesca, el de la esquina sembraba café, y las mujeres solían ir al río a lavar.

Con la imperiosa necesidad de tener a sus hijos juntos, Braulio se los trajo a Barranquilla uno a uno. Allí terminaron sus estudios. Todos hasta bachillerato, pero solo Hoffman cursó estudios universitarios en la CUC, una licenciatura en Educación Física.

Años más tarde, mi abuelo regresó a su pueblo natal y fue concejal varias veces, iniciando en 1972. Creó varias canchas de fútbol y participó del proyecto de Misael Pastrana de la carretera que pasa por Palermo, Sitio Nuevo y Remolino. Asimismo, fundó dos barrios: El Recuerdo y Villa Alicia, en honor a mi abuela. Arborizó la plaza del municipio y dirigía el equipo de fútbol. Aunque pudo desempeñarse en el mismo cargo de su padre (alcalde), prefirió no hacerlo para evitar el contacto con personas insensatas.

Actualmente, hay un colegio que lleva el nombre de mi abuelo y una placa en la plaza. Es un hombre respetado por su honestidad hacia Remolino, pueblo para el que, aun con su demencia senil, sigue pidiendo bendición.

Es evidente que la vida era muy diferente en ese entonces. En términos de salud, mi familia destaca por su longevidad (normalmente más de 90 años) y por gozar de buena salud; pocos murieron a causa de enfermedades tropicales.

Recientemente, identificamos una predisposición genética al Alzheimer. Sin embargo, ha sido lejos de nuestro núcleo familiar, excepto por Braulio, quien aún tiene breves momentos de lucidez.

En cuestiones de educación, mi familia paterna alcanzó mejores niveles educativos y un grado mayor de “igualdad” de género, pero nada realmente destacable. En este sentido, mi familia materna ha sabido salir adelante, pues todos los familiares de mi generación han contado con un buen nivel educativo como consecuencia del esfuerzo de sus padres. Ambas partes tienen una fervorosa fe católica, de la que parece difícil desvincularse y que indiscutiblemente acarrea un sinnúmero de prejuicios sociales que hoy resultan inaceptables, y de la que varios familiares han comenzado a separarse.

El aspecto rural parece inevitable en mi historia familiar; hombres dedicados a la siembra y mujeres que conocen sobre plantas medicinales. Si bien es cierto que la estatura media colombiana aumentó, en mi familia parece no haber una distribución normal en este aspecto. Hay integrantes que miden desde 1,53 m hasta 1,97 m. En adición, los rasgos faciales también son muy diferentes, aunque estos son predominantemente negros por el lado materno.

Tanto mi padre como mi madre fueron casos anómalos en comparación con sus hermanos, quienes no corrieron con la misma suerte. Ellos pudieron establecerse mejor económicamente, en parte debido a un acto de valentía, de atreverse a tomar decisiones diferentes de las que dictaba la sociedad, y en lugar de quedarse donde estaban, se fueron, estudiaron y emprendieron negocios.

Es por casualidad que se encuentran en mi familia dos caracteres muy parecidos, el de Juana y el de Braulio. Ambos supieron soportar el dolor con fortaleza. Pero no es de extrañar que los dos expresaran “¡maldición!” al mismo tiempo. Tuvieron vidas ajetreadas y difíciles, pero esa dificultad es inherente a la existencia, es parte de la vida.

La prosperidad en la gran ciudad

Por Alejandro Castro Guarín

Egresado del programa de Economía en marzo de 2020.

Nacido el 15 de julio de 1997 en Bogotá (Cundinamarca).

La historia económica de mi familia la considero un éxito. Así como el país logró su mayor desarrollo económico en el siglo XX, también lo hicimos nosotros a través del tiempo. Mis abuelos, padres, tíos y primos han alcanzado niveles de calidad de vida cada vez más altos, no solo relativo a su nivel de vida inicial, sino al de toda la sociedad colombiana. En general, nuestros ingresos han aumentado de manera progresiva, y gracias a esto, la calidad de la alimentación ha mejorado sustancialmente, así como ha aumentado en abundancia.

En mi familia, el número de hijos por mujer ha caído significativamente, al igual que las muertes en la primera infancia. La movilidad social pasó de migraciones entre regiones dentro del territorio colombiano a migraciones internacionales hacia países como Alemania, España y Estados Unidos; ello a causa de nuevas oportunidades

para la formación educativa, trabajo o retiro laboral.

Mis parientes más jóvenes están cursando niveles universitarios en pregrado y posgrado, mientras que hasta hace solo dos generaciones mis abuelos maternos no lograron cursar el bachillerato. La totalidad de mi familia vive en centros urbanos, característica que se cumplió el siglo pasado con la movilización hacia Barranquilla, Bucaramanga y Bogotá. El inglés se ha convertido en el segundo idioma de las generaciones más jóvenes, e incluso es el idioma nativo para algunos de mis primos. Algunos hablan alemán en sus trabajos o universidades.

Para nuestro beneficio, las vacaciones se han convertido en algo posible gracias al progreso económico, educativo y al cambio cultural. Las mujeres dentro de mi familia ahora prefieren obtener un estudio universitario antes que formar

“La historia de mi familia se desarrolla en diversos lugares del territorio colombiano: desde la Costa Caribe, pasando por el campo santandereano y llegando a la capital; hemos luchado y trabajado por una mejor vida”.

una familia, mientras que para mis abuelas, el estudio era más un lujo que una decisión autónoma.

Este es un relato breve de mis familiares más cercanos, mis abuelos y mis padres, en la medida que los archivos históricos y la memoria de mis parientes me lo permiten.

LOS CASTRO Y LOS GUARÍN

Mi familia paterna está conformada por mi padre, Sergio Fernando Castro Cadena, nacido en Bogotá —al igual que su hermano Darío y mi abuela Graciela Cadena Burgos—. Mi abuelo paterno, Darío Castro Castro, era de Calarcá (Quindío). De esta parte de mi familia no abundan archivos precisos sobre antepasados más allá de mis abuelos. Lo que conozco viene por parte del relato oral que mi padre me ha transmitido a través de los años y de los pocos archivos que él ha logrado encontrar, entre ellos, el registro de matrimonio de mis abuelos.

Mi abuelo Darío era de origen rural, sin embargo, mi padre no tiene claridad sobre si la familia de su padre era campesina o tenía algún otro tipo de negocio. Lo único que logré encontrar en los archivos familiares fueron los nombres de sus padres, en documentos del matrimonio entre él y mi abuela. Mis bisabuelos del lado paterno se

llamaban Julio Castro y Emelina Castro. Desconozco su lugar y fecha de nacimiento.

Sobre la vida personal de mi abuelo no es mucho lo que pude encontrar, debido a su naturaleza reservada frente a sus hijos y esposa. Era hijo único, de origen humilde y había emigrado muy joven a Bogotá para hacerse una nueva vida.

En sus inicios fue sastre en la capital. Más tarde, entraría como cajero en el Banco de Comercio y, a pesar de su falta de estudios superiores, pues solo poseía un bachillerato, y gracias a su insaciable curiosidad intelectual (uno de mis más vivos recuerdos sobre el apartamento de mis abuelos en Bogotá es la ingente cantidad de libros que había por todas partes), logró ascender rápidamente en la jerarquía interna banquera hasta convertirse en vicepresidente del mismo banco hasta el último de sus días, en 1987. Sin embargo, su vida no fue siempre de comodidades, puesto que desde su nacimiento hasta antes de su llegada a Bogotá vivió una vida rural, que fue totalmente distinta al nivel de vida que pudo permitirse en las últimas décadas de su existencia. Se casó en Bogotá con mi abuela, en 1955, cuando él tenía 40 años y ella 23, y tuvieron dos hijos: Sergio Fernando y Jaime Darío.

Mi abuela, Graciela Cadena Burgos, era bogotana, aunque su apellido paterno

es de origen santandereano, según mi papá. Eran siete hermanos: Graciela, que falleció muy joven (a mi abuela la llamaron en honor a su hermana fallecida), Cecilia, Jaime, Olga, Luis Augusto, Hernando y Aura Beatriz, todos nacidos en Bogotá. Actualmente solo viven Jaime, que ya pasó los 90 años, Luis Augusto y Aura Beatriz, ambos tienen más de 80. Los hombres obtuvieron títulos universitarios, todos en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Las mujeres, incluyendo mi abuela, fueron amas de casa, y una de ellas además obtuvo título de secretaria comercial (mi tía abuela Olga).

Lo que eran las dinámicas de la época: seguramente, las hermanas eran igual o más capaces que los hermanos, pero lo común era casarse joven y cuidar hijos, no estudiar o ser una profesional.

Los padres de mi abuela eran Luis Augusto Cadena, que era doctor (falleció cuando tenía alrededor de 40 años), y Aura María Burgos, ama de casa. Mi abuela llegó a ser bachiller en su juventud; más tarde lograría un título técnico en jardinería, que sería su oficio hasta que se enfermó de cáncer y no pudo trabajar más. Fue una persona muy educada, que a pesar de no tener estudios profesionales siempre se interesó por la historia del mundo y por las artes. Tomó cursos de historia en la Universidad de los Andes y también de

cocina. Leía incesantemente, como lo hacía su esposo, y era una apasionada de la música clásica, de la buena cocina y de las artes escénicas.

Una anécdota que tengo de ella y sus hermanos es lo que ocurrió el día del Bogotazo, contada por mi tía abuela Aura Beatriz. Cuando asesinaron a Jorge Eliécer Gaitán, mi abuela y algunos de sus hermanos se encontraban en el centro de Bogotá, muy cerca de donde había ocurrido el suceso. Según mi tía abuela Aura, apenas la gente se empezó a enterar de lo ocurrido, el caos se apoderó de Bogotá. Hubo asesinatos, linchamientos, peleas, robos. De uno en particular mi familia fue testigo directo. La escena ocurrió cerca del lugar donde se encontraba mi tía Aura Beatriz, quien estaba en un carro de la familia huyendo del lugar. Se percató de un hombre que llevaba en el brazo una gran cantidad de relojes, aparentemente robados, quien fue interceptado por otro hombre en la calle. Este segundo hombre, armado con un machete, le cortó el brazo de un solo tajo al que iba con los relojes y salió huyendo del lugar con botín en mano.

Del matrimonio entre Darío y Graciela en 1956 nació mi padre, Sergio Fernando Castro Cadena, en Bogotá. Su hermano Jaime Darío nació un par de años después. Mi padre solo conoció a la familia de su madre, bogotana, pues mi abuelo nunca presentó a su familia

tolimense. Mi papá creció rodeado de una familia estrictamente bogotana, criado a lo rolo, paseando en pueblos alrededor de la sabana de Bogotá. Su familia gozaba de una muy buena situación económica. Por lo tanto, la vida que él tuvo de joven fue muy distinta a la que llevaba un colombiano promedio de la época. Por ejemplo, su alimentación era mejor, ya que desde pequeño se daba el lujo de comer carne con regularidad. Lujo porque Colombia en la mitad del siglo XX era un país de ingreso medio bajo, que no podía costearse una alimentación basada en carne o pollo hasta la década de 1970, cuando los precios del pollo cayeron drásticamente y llegaron a miles de familias en el país. La atención médica que recibió también fue de muy buena calidad en una época en que la mayor parte del país vivía en zonas rurales y no tenía acceso a ningún tipo de asistencia sanitaria, salvo, quizá, el médico del pueblo. En materia educativa, él, junto a su hermano y primos, estudiaron en muy buenas instituciones educativas, tanto colegios como universidades.

Luego de graduarse de un colegio privado bilingüe, empezó su carrera de Arquitectura en la Universidad de los Andes, becado, dado que era muy buen estudiante. Su vida transcurrió en distintos lugares en los que ejerció su profesión: San Andrés, Cartagena, Los Ángeles (EE. UU.), hasta que regresó



Mis abuelos maternos junto a sus cinco hijas, alrededor de los años ochenta.

a Bogotá. Allí conoció a mi madre, en la década de 1990. En 1997 tuvo su único hijo, yo, y tres años después nos trasladamos a Barranquilla. Pocos años más tarde se divorció de mi madre y volvió a viajar. Hoy en día reside en Puerto Colombia.

Del otro lado de mi familia, el materno, poseo muchas más vivencias y relatos. He vivido toda mi vida con alguien de mi familia materna, ya sea mi madre o mi abuela. Mis abuelos se llaman Luis Ernesto Guarín Gómez (fallecido)

y Ligia Guarín Restrepo, con quien vivo hoy en día. Mi abuelo era de una vereda que se llama La Fuente, cerca de Zapatoca (Santander). Nació en 1929 y era hijo de Hermelinda Gómez Plata y Luis María Guarín Rueda. La Fuente es un corregimiento del municipio de Zapatoca, por lo que mi abuelo creció en una zona rural. Sin embargo, su familia no era campesina, sino que se dedicaba a la ganadería. Fue el mayor de siete hermanos: Luis, Humberto, Gustavo, David, Rodrigo, Antonio y Lucila, aunque ella falleció en su adolescencia.

Mi madre me cuenta que a los 10 años su papá quedó huérfano de su padre, por lo que mi bisabuela, quien fue gran parte de su vida profesora de colegio, decidió repartir a los hermanos entre los tíos de la familia. A mi abuelo le tocó empezar a trabajar desde muy pequeño en una plantación de café, razón por la que adquirió el hábito de fumar habanos por el resto de su vida. En una conversación, mi madre me contó: “También trabajó construyendo una retroexcavadora. El dueño de la obra, un gringo, le dio una carta de recomendación, y él con esa carta montó una tienda en Ibagué, donde conoció a la que sería su esposa. Al parecer, en Ibagué en ese momento había muy buen prospecto de trabajo. Se mudaron a Barranquilla, pues durante la luna de miel llegaron al puerto de la ciudad y Luis pensó que allí había mucho futuro. Solo vino con 500 pesos,

que era el dinero del regalo de su boda. El doctor Enrique Celedón Manotas lo recibió y le ayudó a conseguir una tienda en el Barrio Abajo. Su esposa trabajaba en la tienda desde las 6 de la mañana hasta las 10 de la noche, y Luis lo hacía de 10 de la noche a 6 de la mañana. Una de las primeras tiendas que tuvieron se llama El Toquí, en Barrio Abajo, que 62 años después todavía existe. Ahí vendían bultos de papa y también yuca. Mi papá creció económicamente en la vida porque él siempre fue muy honesto, no fue avaro. Se educó él solo y aprendió a vivir de la experiencia, desde los 10 años”.

Un par de años luego de quedarse en Barranquilla, sus hermanos David, Rodrigo y Antonio, junto con su madre Hermelinda, también emigraron a esta ciudad. Humberto, Gustavo, David y Rodrigo aún viven en Barranquilla, mientras que Antonio viajó a la capital, justo luego de haberse casado.

Mi abuelo era una persona extremadamente trabajadora, que no conoció las vacaciones, era muy serio, honesto y muy abierto a las amistades, lo cual le valió el respeto y el cariño de toda la gente que lo conoció. Asimismo, la lectura fue uno de los hábitos que siempre lo acompañó en su vida, desde que era un niño.

Mi abuela Ligia tiene muchas anécdotas de él, a pesar de que lleva más de 20 años de muerto. Recuerda que leía hasta en las filas militares cuando prestó el servicio, lo cual le valía el regaño de sus superiores, pero también el respeto. En abril de 1997, tres meses antes de que yo naciera en Bogotá, un disparo en el cuello le arrebató la vida en el que fue su negocio en Barranquilla por 40 años, la tienda Las Delicias, en la esquina al lado de la casa en donde aún vivo junto a mi abuela.

Mi abuela Ligia nació en La Dorada (Caldas), en 1937. Fue de las menores en una familia excesivamente grande. Su madre, Raquel Zapata Rivero, llegó a tener 23 hijos con su esposo Ángel de Jesús Restrepo Velásquez. No obstante, muchos de ellos fallecieron de niños y solo 13 lograron ser adultos. Hoy siguen vivos seis hermanos, todos residen en Bucaramanga: Rodrigo, Adaljisa, Gisleno, Gustavo, Ariel y Amparo. Desde muy joven mi abuela emigró junto a su familia hacia Ibagué, en donde estudió en un colegio de monjas hasta primero de bachillerato. Su familia vivía del negocio de la panadería y de la ganadería, y comían todos los días arepa en el desayuno con un vaso de aguapanela, y en el almuerzo, casi siempre, un pequeño pedazo de carne con yuca y, de nuevo, un vaso de aguapanela; este menú ella suele recordármelo para enseñarme que hay

que ser agradecidos con lo que se tiene cada día para comer.

Uno de los recuerdos más vívidos que ella mantiene, y que me repite de vez en cuando en nuestra casa, es del día que su padre le anunció que no iba a poder pagarle más el colegio: “Mija, le va a tocar dejar de estudiar, puesto que hay más hermanos que necesitan aprender a leer y a escribir”. De esa manera fue como todos los hermanos aprendieron las enseñanzas básicas de los primeros años de primaria. No obstante, sin haber terminado el bachillerato, mi abuela empezó un estudio técnico —que no llegó a terminar— de secretariado comercial, pagado por su tío. No lo pudo terminar porque se casó con mi abuelo. Me cuenta que al haberse casado con mi abuelo Luis, su tío le dijo que quien estaba a cargo de ella desde ese momento era su esposo, no su familia.

Ninguno de sus hermanos fue bachiller, ninguno llegó a obtener un título técnico o profesional. Mis abuelos tuvieron cinco hijas: Lucila, Raquel, Damaris, Hermelinda y Ligia, todas nacidas en Barranquilla. Gracias al incesante trabajo de mis abuelos, las cinco llegaron a tener estudios profesionales o técnicos, por lo tanto, unos niveles de educación mucho mayores que los de sus padres. Mi abuela lleva viviendo en la misma casa más de 50 años. Casa que en su época también fue el lugar de la tienda

**“Gracias al
incesante trabajo
de mis abuelos,
las cinco llegaron
a tener estudios
profesionales o
técnicos, por lo
tanto, unos niveles
de educación
mucho mayores
que los de sus
padres”.**

que les sirvió de sustento, junto con el negocio de la ganadería de mi abuelo, para poder vivir dignamente hasta el día de hoy. Su innegable carisma y disposición de colaboración la han convertido en una persona muy querida por cualquiera que la haya conocido, y en el barrio no hay persona que no la conozca. He vivido con ella desde que tengo 3 años, y mucho de lo que soy hoy en día se lo debo a ella, a sus enseñanzas que todos los días me transmite directa e indirectamente.

De ese matrimonio entre mis abuelos, Luis y Ligia, nació mi madre, Raquel Guarín Restrepo, en 1959, en Barranquilla. Nacida y criada en la región Caribe, pero de padres santandereanos y paisas, tiene una herencia cultural que comprende muchas regiones del territorio colombiano. Su alimentación era principalmente del interior, como dice ella, más específicamente santandereana y paisa. “Nuestra comida era muy rola. Mi papá nunca nos dio plata para la lonchera, porque él consideraba que lo que vendían en los colegios no alimentaba para permanecer estudiando. Por lo menos, si íbamos bien desayunadas, no hacía falta. Nos hacían arepa con queso, caldo, changua y carne asada con yuca, suero y chocolate. Nuestra alimentación fue muy santandereana y muy antioqueña. Tomábamos mucho chocolate.

En nuestra casa nunca hubo cereal de desayuno; eso lo probé cuando ya fui a la universidad. En la casa se hacía todos los días tres panelas en aguapanela con leche. Eso era lo que nosotros tomábamos. Tu abuelo fue una persona muy exagerada. Si le pedíamos una piña, nos traía una caja de piñas”.

A pesar de que sus padres no terminaron el bachillerato, ella y sus cuatro hermanas sí cursaron estudios universitarios. Las cinco estudiaron en colegios privados católicos y en universidades privadas. La mayoría también obtuvo especializaciones. Para su época, hace más de 35 años, ya muchas mujeres estudiaban en la universidad, me cuenta ella. Sin embargo, a las que no tenían ingresos suficientes les era muy difícil acceder a la universidad, por lo que debían ingresar becas, como todavía ocurre hoy en día si quieren entrar a una universidad privada.

Mi madre fue de las primeras en la familia en salir del país. Luego de graduarse del colegio viajó a estudiar inglés en Nueva York. Al regresar a Colombia estudió Hotelería y Turismo en Bogotá, en ECOTET. Sus hermanas también realizaron estudios superiores, como psicología, arquitectura y medicina. En Bogotá me tuvo a mí, y regresó a Barranquilla en el año 2000 conmigo y mi padre.

MIGRACIÓN FAMILIAR

A continuación, hago énfasis en dos momentos de la historia de mi familia más cercana. En ellos se puede observar la migración a largo plazo. Previo a 1990, ninguna persona de mi familia más cercana (salvo mi padre, que vivió en Los Ángeles; mi madre, que vivió en Nueva York, y mi tía abuela paterna Aura Beatriz, que vivió parte de su vida en París) había vivido fuera del país.

Mi familia más cercana la conforman mis padres, mis abuelos y bisabuelos y los hermanos de mis padres y abuelos, junto a sus esposos e hijos. Una imagen lo suficientemente amplia para tener una idea general de lo que ha sido la migración de mis familiares en esos dos periodos de tiempo.

Para 1990, la única persona que vivía fuera de Barranquilla, Bogotá o Bucaramanga era mi tío abuelo Jaime, hermano de mi abuela paterna Graciela. Luego de graduarse de Medicina en la Universidad Javeriana en Bogotá, viajó con su esposa y vivió gran parte de su vida en Buga hasta hace pocos años, cuando decidió volver a Bogotá por motivos de salud y para estar cerca a su familia. En Bucaramanga vivían los hermanos de mi abuela Ligia, que en su momento eran ocho, y su madre, Raquel Zapata.

Casi tres décadas después, en 2019, mi familia cercana ha aumentado en número, por el nacimiento de mis primos y yo. Varias personas de mi familia han emigrado fuera del país, a ciudades de EE.UU. y Europa. En un pueblo pequeño de Carolina del Norte, Anderson, viven dos tías maternas y una prima. En Madrid vive mi única prima por parte de papá, Camila. En Alemania están estudiando dos primas, Laura y Juliana, que son por parte materna, y allá, en Colonia, trabaja y vive desde hace más de 10 años mi prima Susana, hermana de Laura.

La historia de mi familia se desarrolla en diversos lugares del territorio colombiano. Desde la Costa Caribe, pasando por el campo santandereano y llegando a la capital, mi familia ha luchado y trabajado constantemente por una mejor vida, y, en términos generales, es decir de ingresos, estabilidad económica, salud, alimentación y calidad

de vida, lo ha logrado. El desarrollo económico del país permitió que mis parientes lograran estudiar y emplearse en trabajos más especializados que los que tenían mis antepasados, y así obtener mayores ingresos. Sin embargo, mis antepasados parece que no hacían parte, salvo contadas excepciones, de lo que fue el grueso colombiano por siglos, es decir, el campesinado. Más bien se dedicaron a actividades profesionales, ya sea la medicina, como mi bisabuelo paterno Luis Augusto, o a negocios con la tierra, como mi bisabuelo materno Luis María, que fue ganadero toda su vida.

Los cambios estructurales que ha vivido el país los hemos experimentado en mi familia, y la historia económica de Colombia, que en gran manera ha sido un éxito, también se puede evidenciar en la historia económica de mi familia.

El cruce entre dos mundos

Por Juan Manuel Zawady Pupo

Estudiante de quinto semestre del programa de Economía.

Nacido el 6 de junio de 1999 en Santa Marta (Magdalena).

Las fuentes de información utilizadas para este trabajo histórico fueron múltiples entrevistas personales realizadas a mis padres, mi abuela materna y una tía paterna, Zulema Zawady. Las cuatro entrevistas fueron de vital importancia para el desarrollo de este trabajo, pues son personas que tienen todos los recuerdos de la familia muy claros y se expresan con mucha fluidez acerca de las condiciones económicas y sociales de las distintas épocas.

Nuestros orígenes se trazan a mi bisabuelo materno, Kassem Mohammed Yohaid, que llegó a Colombia proveniente de un pueblo llamado Baaloul, en el Líbano. Era el mayor de seis hermanos (dos mujeres y cuatro hombres). Cuando la guerra llegó a su país, por obligación todos los hombres tenían que ir a luchar por el Imperio otomano. Su padre fue uno de esos hombres que fue a la guerra y nunca

volvió. En busca de nuevos horizontes, mi abuelo Kassem decidió migrar a Colombia para ofrecer una mejor vida a su familia.

Inicialmente arribó a Ciénaga (Magdalena), donde ya estaba instalado un primo suyo, con quien empezó a trabajar vendiendo mercancía casa por casa. Después de un tiempo se trasladó a Pivijay (Magdalena), por entonces un pueblo próspero, ganadero, donde se casó con mi bisabuela Adriana Crespo. Tuvieron ocho hijos (seis mujeres y dos hombres), de los cuales, hasta 2020, siete siguen vivos (murió uno de los hombres). Cuando los hijos fueron creciendo, la familia se mudó a Santa Marta en busca de mejor educación para ellos. En esta ciudad, los hijos se educaron e hicieron su vida. Kassem murió a los 63 años y Adriana a los 86.

Mi bisabuelo Kassem era autodidacta. Cuando llegó a Colombia compró

“Mis abuelos eran descendientes de los fenicios, grandes navegantes y, por tanto, emigrantes. Conservaron estas costumbres nómadas, y salieron al mundo para adquirir conocimiento”.

una lámina de cartón que contenía el abecedario español, se lo aprendió y luego adquirió una cartilla para continuar con su aprendizaje del idioma: *Alegría de leer n.º 1*; siguió con periódicos. Se mantenía actualizado con las noticias de Colombia y del mundo, porque escuchaba mucho la radio y leía muchas noticias en los periódicos. También leía libros en ambos idiomas: español y árabe.

Mi bisabuela materna Adriana, hija de Manuel Crespo (1890-1990) y Juana Gámez (1897-1964) vivió 67 años. Aprendió a leer y a escribir, aunque no alcanzó a ser bachiller. Su padre, quien vivió 100 años, venía de una familia de ascendencia italiana; tenía un bajo grado de educación, debido a que en esa época no había casi oportunidad de estudio. Desde muy temprano se dedicó a trabajar en una finca ganadera, de donde obtenía sus ingresos principales; le fue muy bien en el negocio: la reproducción de las vacas y la producción ganadera fueron aumentando considerablemente con el pasar de los años. Gracias a su trabajo, Manuel se convirtió en una persona pudiente en Pivijay (Magdalena).

Manuel y Juana tuvieron nueve hijos (seis mujeres y tres hombres); todos los hijos se casaron. Casi todos han fallecido, solo hay dos mujeres vivas. Manuel Crespo (mi tatarabuelo

materno) heredó la finca en la cual desarrolló sus negocios. Gracias a las ganancias que obtuvo compró otra finca para expandirse aún más. Tuvo un hijo por fuera del matrimonio: lo llamó igual que él, Manuel, quien se casó con Alicia Arévalo y tuvieron cinco hijos.

A Juana Gámez (mi tatarabuela materna) la crió su abuela, porque su madre enfermó a muy temprana edad y no estuvo tan presente en su crianza. Juana falleció relativamente a mediana edad. Con el tiempo, el señor Manuel Crespo buscó una nueva pareja, con la cual tuvo cuatro hijas más en el municipio de Fundación (Magdalena), donde pasó los últimos años de su vida.

Adriana Crespo y Kassem Yohaid tuvieron ocho hijos: seis mujeres (Narcisa, Hernelda —mi abuela materna—, Sara, Yamile, Fátima y Miriam) y dos hombres (José Ramez y Nader, este último ya murió). Mi abuela materna Hernelda Yohaid Crespo está casada con Antonio Pupo Guerra (abuelo materno), quien era de una familia de ascendencia italiana y nació en un pueblo llamado San Benito, en Córdoba.

Desde muy pequeña, mi abuela Hernelda ingresó al Colegio Catalina Correa, en la ciudad de Santa Marta; allí realizó su primera comunión a los siete años. Luego estuvo interna en la Normal Superior de Señoritas, institución

educativa muy rígida, a cargo de monjas salesianas; escuchaban misa todos los días a las 5 de la mañana.

Apenas se graduó de la escuela empezó a trabajar en JV Mogollón y Compañía, cadena de almacenes que había en Santa Marta en las décadas de 1970 y 1980, dedicada a la distribución de cartones, cerraduras de puertas para oficinas, útiles escolares; vendían todo lo necesario para las oficinas, como papeles de carbón y blocs para escribir a máquina. En este almacén mi abuela empezó como vendedora, luego pasó a la caja y después al “kardex”, puesto que consistía en llevar el control general del almacén, por tanto, estaba pendiente de todo lo que entraba y salía.

Mi abuela conoció a Antonio Pupo Guerra, mi abuelo, en el trabajo y allí sostuvieron un noviazgo durante cuatro años. Pupo Guerra, nació en San Benito, en 1934 y murió a los 79 años el 3 de enero de 2013. Sus padres, Edelberto Pupo y María Teresa Guerra, se trasladaron a la ciudad de Barranquilla con toda la familia, pero mi abuelo hizo sus estudios en Cartagena, donde se graduó de bachiller y de profesional como contador. Luego de graduarse, de inmediato, se fue a trabajar durante un tiempo en Venezuela, debido al auge económico que se presentaba en el país vecino. Su madre, María Teresa, lo extrañaba y le pidió a su hijo mayor,

Adalberto, quien era gerente de JV Mogollón y Compañía, que le diera un puesto en la empresa para tenerlo cerca.

Mi abuela renunció para casarse con Antonio, quien trabajaba en JV Mogollón y Compañía como contador. Se casaron en 1963, y empezaron a trabajar juntos: construyeron una oficina de bienes raíces que gestionaba la compra y venta de propiedades. También comenzaron a incursionar en la política de Santa Marta; primero apoyaron a José María Campo Diazgranados, amigo político de mi abuelo Antonio, quien llegó a ser representante a la Cámara.

José María Campo apoyó a mi abuelo Antonio para que se posicionara como concejal de la ciudad en dos oportunidades; ocupó puestos en el sector público amparado por el gobierno de la época. Mi abuela Hernelda se encontraba dedicada al hogar, pues estaba embarazada de su primera hija, Marena, mi mamá, que nació en 1968. Once meses después llegó el segundo hijo, Antonio. Ambos hijos nacieron en un edificio en la calle 16 del centro de Santa Marta, en un apartamento completo en el cual vivieron los cuatro durante un largo periodo. Luego se mudaron a la calle 15, a una casa relativamente pequeña, pero cómoda.

Entonces mi abuelo ocupaba un buen puesto público: era gerente de Adpostar, empresa encargada de la repartición de cartas y postales en toda la ciudad y sus corregimientos cercanos. Trabajó dos años en ese puesto, hasta que con el cambio de gobernador se les finalizó el contrato.

La familia se mudó al Rodadero, al edificio La Terraza, que se encontraba a menos de una calle del negocio de ambos: el supermercado principal en el Rodadero. Vendían todo tipo de productos, desde vinos, enlatados y bebidas hasta cigarrillos y chocolates.

AHMED ZAWADY (27 DE JUNIO DE 1904-26 DE DICIEMBRE DE 1980)

Mi abuelo paterno Ahmed Zawady nació en un pueblo en las montañas del sur del Líbano, llamado Baaloul, el cual es de origen musulmán, así que mi abuelo fue educado bajo los ideales del islam. Era supremamente intelectual, y pese a vivir en un contexto de influencia religiosa, no fue un musulmán practicante de hecho, pensaba firmemente que no había necesidad de tener un intermediario para la comunicación y profundización espiritual con Dios; decía que no había mejor religión que la honestidad y la gratitud. Estos valores eran su filosofía de vida.

“A comienzos del siglo XX, se miraba hacia América como una nueva tierra de oportunidades. Mi abuelo se aventuró y llegó por barco a Puerto Colombia, en un viaje que tardaba hasta dos meses”.

Ahmed provenía del pueblo fenicio (pasado remoto de los libaneses), que eran grandes navegantes y, por tanto, emigrantes. Los libaneses conservaron estas costumbres nómadas, y por eso en sus pensamientos siempre han estado las ganas de explorar y salir al mundo como emigrantes para adquirir conocimiento cultural.

A comienzos del siglo XX, se miraba hacia América como una nueva tierra de oportunidades. Mi abuelo se aventuró y llegó por barco a Puerto Colombia (Atlántico), en un viaje que tardaba hasta dos meses. Llegó a este municipio porque ahí ya habían llegado familiares anteriormente, quienes lo recibieron y direccionaron para que se estableciera. Al igual que la mayoría de los árabes “turcos” (los llamaban así erróneamente, porque viajaban con pasaportes turcos, debido a que el Imperio otomano dominaba en esa región en aquellos tiempos) que llegaban al “nuevo mundo”, mi abuelo se dedicó al comercio desde los primeros años de su arribo. Alcanzó cierto éxito. Vendía sus mercancías en las zonas cercanas al Atlántico y llegó a hacer negocios a la zona bananera, principalmente en Ciénaga, la ciudad más importante de la región.

En Ciénaga conoció a María Leal (mi abuela paterna, quien nació el 5 de febrero de 1914 y falleció el 30 de

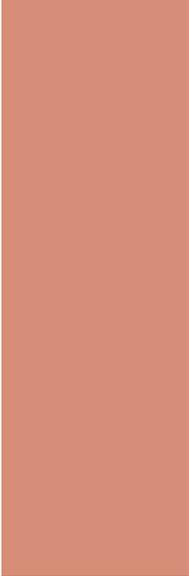
agosto de 1990). Se casaron y se fueron a vivir a Río Frío (Magdalena), muy cerca de las fincas de banano, que era el renglón de la economía más importante a nivel regional (entonces llamado “oro verde”). En Río Frío se establecieron para atender sus fincas de banano, y así transcurrió el tiempo hasta que empezaron a nacer los hijos. Una vez que estos crecieron, se vieron en la necesidad de educarlos correctamente, por tanto se mudaron a Santa Marta, capital del Magdalena. Continuaron con el comercio mediante sus fincas de banano y la ganadería.

El abuelo Ahmed se compenetró muy bien con la sociedad samaria. Era un gran lector, autodidacta (nadie le enseñó a leer ni a escribir el español). El matrimonio tuvo ocho hijos, de los cuales cuatro siguen vivos, uno de ellos es mi padre Amed Zawady Leal (nacido en 1952 en Santa Marta); dedicado a la política, ha sido concejal de la ciudad en múltiples ocasiones, gobernador y

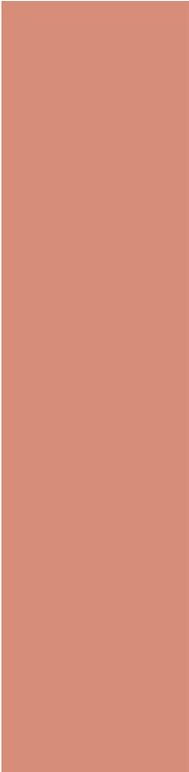
alcalde encargado, por tanto, tiene una amplia experiencia en el sector público.

Mis padres se conocieron cuando mi mamá hacía sus estudios en un colegio privado, famoso en la época, a nombre de una señora llamada Leticia Henríquez. En ese colegio, se graduó de bachiller en 1985, pero no quiso continuar los estudios universitarios, porque tenía una relación con Amed Zawady Leal, mi papá. La situación fue muy complicada y tensa al inicio, debido a que era 17 años mayor que ella, por lo que mis abuelos no lo aceptaban.

No obstante, se casaron dado que se encontraba embarazada de mi hermano mayor, Amed José. Luego tuvieron a Andrés Felipe y a mí, Juan Manuel. Mis hermanos y yo nacimos y crecimos en Santa Marta. Allí realizamos nuestros estudios escolares en el colegio franciscano San Luis Beltrán, en el cual se practica el catolicismo.



Memorias familiares





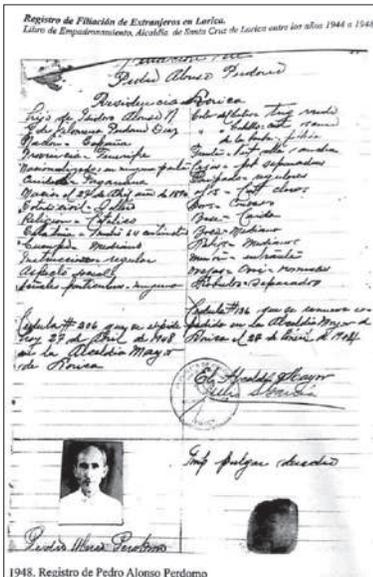
Familia de
Camila Andrea Rosso Mestra



Leonor Coronado, Arístides Sarmiento e hijos.



Familia de
Laura Sofía Cardona Julio



1948. Registro de Pedro Alonso Perdomo

(De izquierda a derecha) Carmen Barguil Banda, Fernando Cardona Barguil, Astrid del Carmen Julio Alonso, Fernando Cardona Álvarez, y Carlos Cardona Barguil.

Registro de filiación de Pedro Alonso Perdomo como extranjero en Loricá (1948).



Familia de
Jesús Daniel Mercado Novoa



Mi Padre, José Mercado.



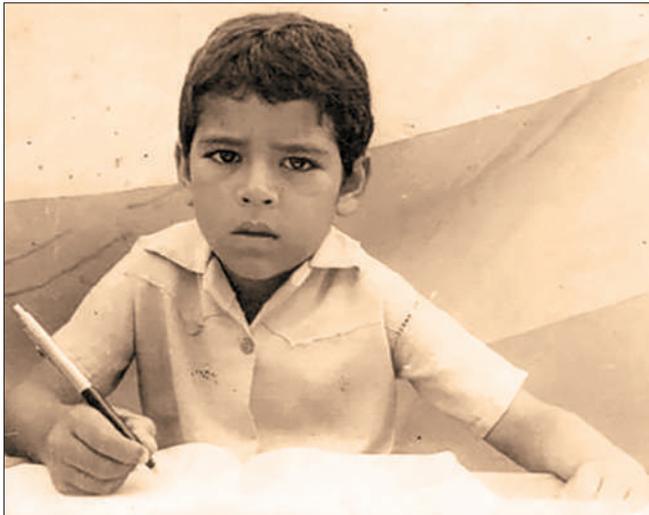
Mi madre, Mariela Novoa.



Mi hermana, Yanidis Mercado.



Familia de
Laura Stefany Gutiérrez Pérez



Reynaldo Gutiérrez en la década de 1970.



Familia de
Miguel Ángel Caycedo Pedrozo



Sixto Caycedo Chávez. Foto tomada en
Costilla, Cesar, aproximadamente en el año
de 1975 como recuerdo de su cumpleaños
número 53.

Olga Rodríguez, maestra rural contratada por
Andian National Corporation para dar clases a
los hijos de los empleados en el campamento
de bombeo de crudo de Barrancabermeja
hasta Mamonal en Cartagena. La foto data de
1960 en el corregimiento de Costilla, Cesar.





Familia de
María Daniela Charri Campo



Braulio Charri en el centro de
Barranquilla, Paseo Bolívar.
Foto tomada en el año 1972.



Foto tomada en los años 50 en Remolino, Magdalena.



Familia de
Alejandro Castro Guarín



Mi abuelo paterno,
Darío, atendiendo una
llamada en Bogotá.



Mi abuela Ligia, algunas
primas, mi madre y yo en
el cumpleaños 98 de mi
bisabuela Hermelinda en
Barranquilla.



Familia de
Yeri Paola Tordecilla Ávila



La señora María Velásquez y Luis Ávila con
dos de sus hijas y cuatro nietos.
(Esta es de las últimas fotos que se logró
tomar a los dos señores juntos).



La señora María Velásquez,
mi bisabuela, en su juventud.



María Velásquez
con su hija menor
y tres nietos.



Esta obra, editada en Barranquilla por
Editorial Universidad del Norte en julio de 2020,
se compuso en Georgia, Futura Lt y Calibri.



Esta obra es una compilación de testimonios familiares que muestra la evolución histórica y económica del Caribe colombiano. Los distintos relatos, escritos por estudiantes del programa de Economía de la Universidad del Norte, se alejan de los datos cuantitativos para dar a conocer el pasado de la región y sus transformaciones socioeconómicas desde las experiencias de sus antepasados.

* * *

Los nueve relatos, que conforman este libro, muestran el avance del país, con sus deficiencias en seguridad e igualdad de oportunidades, y permiten una visión equilibrada de ese desenvolvimiento que, aunque no ha sido espectacular, sí ha alcanzado muchos logros.

Adolfo Meisel Roca
Director